

LA LECTURA PARA TODOS.

— SEMANARIO ILUSTRADO. —

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID, LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Baillière, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 44. — En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS, FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38



Ah! ya! dijo Mr. Cros, levantándose. (Pág. 787, columna 4.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion.— Véase el número 49.)

pesino; donde os esperaba era en la puerta del castillo, y desde que salisteis de él os he seguido.

—¿Y con qué intencion habeis hecho eso?

—Con la de deteneros apenas llegerais al sitio del que no debeis pasar.

—Segun eso, el camino no está libre, ¿eh?

—Esta es una advertencia que os hago en provecho vuestro.

—¿Y me asegurais que si os acompaño, ó si nos quedamos solos, me direis cosas importantes?

—Si señor, es un secreto que encierra una fortuna.

Mr. Cros no adquiria ninguna ventaja en aquel diálogo que habia entablado con la intencion de encontrar una excusa para retirarse. Por lo tanto, la última frase de Brigaut no le llamó mucho la atencion, á pesar de la palabra *fortuna*, que resonaba siempre en los oídos del banquero con un sonido poderoso. Pero Burlaudas le dió un giro mas decidido á la conversacion, diciendo:

—Ah! ya!..... Es la famosa historia del tesoro enterrado.....

El campesino frunció el entrecejo y repuso interrumpiéndole:

—Escuchad, Burlaudas: nadie se ha inter-

Nada. Sin embargo, á juzgar por las apariencias, estabais apostado en este sitio para hablarme. Precisamente aqui, no señor, repuso el cam-

puesto en vuestro camino cuando habeis atravesado la landa; por lo tanto, no os mezcléis en lo que no os importa; y esto os lo digo en beneficio vuestro y para que puedan dormir con tranquilidad vuestra mujer y vuestros hijos.

—Seguramente me tomáis por un imbécil cuando me haceis semejantes proposiciones, dijo Mr. Cros.... Con que así, seguid vuestro camino, que nosotros nos marcharemos por el nuestro: además os prometo no dar queja por lo que acabais de hacer, que á la verdad tiene todas las trazas de un lazo.

Y entre tanto, Mr. Cros hacia una seña á Burlaudas para proseguir su marcha, volviendo su caballo en direccion al castillo.

Y en seguida, se alejaron sin que al parecer el campesino les pusiera el menor obstáculo.

Cuando el banquero se creyó bastante separado para poder hablar sin temor de ser escuchado por el miserable que los había detenido, le dijo á Burlaudas:

—Con que, según eso, tenéis también la historia de un tesoro enterrado en esta landa, como en la mayor parte de las aldeas.

—No señor, el tesoro no está en la landa, le contestó Burlaudas; donde está enterrado, según dicen, es en el castillo.

—¿Y cómo lo sabe esa gente?

—¡Pche!..... exclamó Burlaudas, pueden saberlo mejor que nadie, porque mediaban secretos muy terribles entre el conde de Chevalaine y cierta mujer, que es como quien dice la reina de las barracas, conocida por el nombre de la hermosa Mariana.

—¡La hermosa Mariana! exclamó Mr. Cros. ¿Y quién es ella?

—La madre de Maricou, la famosa.....

Mas en el momento en que iba á pronunciar el epíteto que usaban ordinariamente para designar á Mariana, el cual era el de *envenenadora*, Burlaudas se detuvo instantáneamente mirando en torno suyo; y bien fuese por temor infundado, ó porque efectivamente hubiera reconocido que en los bordes del estrecho sendero que atravesaban se ocultasen algunos espías, repuso en alta voz:

—Esa es una historia que no vale la pena de contarla; es un cuento absurdo, porque Mariana fué absuelta.

No se le escapó á Mr. Cros aquel movimiento de terror de Burlaudas, cuya influencia obró sobre el banquero, apoderándose de su sér un temblor convulsivo.

—Según eso, le dijo entonces á su guía, ¿creéis que ese hombre tuviera malas intenciones para con nosotros?

—Si las hubiese tenido, no se habría mostrado, porque le hubiera sido muy fácil el darnos un tiro desde los retamares; y despues buscadlo por el almanaque y adivina quien te dió.

Entonces se le ocurrió á Mr. Cros que si no habían tenido dicha intencion con la esperanza de que aceptara, pudiera esta surgir de su negativa, por lo cual se detuvo como herido por el rayo.

Tenia que andar una legua para salir de la landa, en la que se había internado imprudentemente, y pensó que sobra tiempo y espacio para cometer un asesinato.

Una de esas intempestivas resoluciones del miedo, que tanto se asemejan al valor algunas

veces, se apoderó del banquero y volvió su caballo, diciendo en alta voz:

—Necesito concluir con esta gente; por lo tanto voy á seguirlos aunque me lleven al infierno.

Para espresar una determinacion que seguramente no le salia del alma, se sirvió de dicha frase, que era uno de sus mas recientes recuerdos del último melodrama que había visto representar; pero esta exclamacion, que hubiera hecho reír enormemente, tanto á su mujer, como á Mr. Perrin, hizo un efecto admirable sobre el pobre agrimensur, que repuso:

—Señor, señor; si os decidís á seguir á esa gente, fijad bien vuestras condiciones, porque os juro que las observarán en lo que concierne á este mundo; pero en cuanto á lo del otro, no os aconsejo que juguéis con el diablo.

En el transporte de su miedo desesperado, había vuelto Mr. Cros al mismo sitio en que había dejado á Brigaut, el cual no se había movido aun de su sitio.

—Amigo mio, le dijo, estoy pronto á seguirte.

—Pues vamos, le contestó aquel.

—Haced vuestras condiciones antes, exclamó Burlaudas.

—Os juro, dijo Brigaut presentando sus pulgares á Mr. Cros, que no os sucederá nada.

—Apoyad vuestro pulgar en el suyo, dijo Burlaudas.

Mr. Cros hizo lo que le decia su compañero, y añadió:

—Además de esto, ¿os comprometéis á dejarme en mi camino?

—No, no, dijo Burlaudas, es menester que se comprometa á dejarnos en el castillo sano y salvo.

—Prometido, le dijo el campesino.

—Ahora podeis seguirle sin temor que os pase ninguna desgracia personal; pero en cuanto á vuestra alma..... tened cuidado. Mientras tanto, yo os esperaré aqui con vuestro caballo.

Brigaut le hizo una seña á Mr. Cros y echó á andar delante de él á través de las aulagas, como había hecho Maricou con Mme. Cros.

Aquel rasgo de valor del banquero no era bastante sólido para que fuera de alguna duracion; por lo tanto, aun no había andado quinientos pasos, cuando se arrepintió de su temeridad.

En efecto, le hubiera sido sumamente fácil á su guía el conducirlo á un sitio en el que se encontrarán tres ó cuatro malhechores de su especie, y degollarlo sin que pudiera defenderse ni esperar socorro alguno.

—Andais muy de prisa, le dijo á Brigaut.

—Me olvidaba de que estais mas gordo que un fraile, y que el camino es escabroso.

—¿Nos queda mucho todavia?

—No; un paseo corto; cuando lleguemos al camino de los tres Reyes estaremos en el sitio á donde os conduzo.

La idea de entrar en un camino descubierto reanimó el valor de Mr. Cros; pues á pesar del paraje en que se encontraba, la palabra camino tenia en sí la esperanza de un sitio pasajero, y pensó que una vez que estuviera en él, no tendria que temer á los malhechores.

Prosiguió, pues, su marcha con bastante seguridad, y no tardó mucho en encontrarse en una senda, por la cual podía pasar un carruaje, viéndose esculpidos en ella los surcos de una rue-

da, lo cual atestiguaba que por aquel camino pasaban cuando menos las carretas del país.

El paso de Mr. Cros tomó entonces un aire de libertad y de aplomo muy distinto del que había llevado hasta allí, y al cabo de cinco minutos llegó á una encrucijada, en cuyo centro se elevaba una pequeña eminencia, sobre la cual había una losa, y encima una cruz de hierro pintada de negro, y en los brazos de la cruz se leía en letras blancas la inscripcion siguiente:

«Aqui pereció desgraciadamente, el año de 183..... Maria de Chevalaine, nuestra hija adorada.»

Y en la piedra, grabadas groseramente con la punta de un cuchillo, las siguientes palabras:

«Angel, rogado por.....»

El nombre había sido escrito y luego despues borrado. Mientras que Mr. Cros leía aquella inscripcion, que le recordaba un suceso, que aunque lo había sabido á su tiempo, no se ocupó mucho de él, le dijo su guía:

—Hemos llegado.

Aquel sitio presentaba un círculo de unos cincuenta pasos de diámetro, de modo que Mr. Cros se tranquilizó completamente, y le dijo á Brigaut con bastante resolucion:

—¿Qué tenéis que decirme ahora?

—La que debe hablaros no ha llegado todavia (1).

Mr. Cros, para restablecer su reputacion de valiente, se mostró algo enfadado; pero casi al momento divisó, por uno de los senderos que conducian á aquel camino, una mujer vestida con mas esmero que las aldeanas ó las sirvientas del castillo; la cual, al llegar al sitio en que estaban, hizo á Brigaut una seña imperiosa.

—¿Cuándo tendré que volver? le preguntó este.

—Antes de una hora te llamaré, pues para entonces tengo que estar en casa.

Brigaut se alejó hácia el sitio en que estaba Burlaudas para impedir, sin duda, que se acercase; y Mr. Cros se quedó solo en presencia de Mariana, que, á pesar de no conocerla, sospechó que era la que había denominado Burlaudas como reina de las barracas.

IV.

Cuando Mariana se encontró en presencia de Mr. Cros, se observaron mutuamente en silencio, y el banquero, en vez de estudiar entre tanto el tipo salvaje y altivo de aquella mujer, y reconocer en lo brillante de sus grandes ojos negros, la voluntad y la fuerza de un pensamiento fijo, no vió en ella mas que á una mujer hermosa todavia, y mucho mejor vestida que las labriegas de su clase.

Un pensamiento estrambótico se apoderó del banquero y se preguntó á sí mismo si no era aquello una seducccion femenina, para obtener algunas concesiones, ó bien para hacerle legalmente un mal partido.

Por lo tanto, se prometió no dar ningun pre-

(1) Para la inteligencia de la narracion, y para evitar que se nos tache de ubicuidad con respecto á uno de nuestros personajes, rogamos á nuestros lectores que recuerden que, cuando Mme. Cros y los demás herederos salieron para las barracas, era muy tarde, y que Mr. Cros había salido del castillo al amanecer.

esto á semejantes empresas, y principió la conversacion en el sentido que queria darle.

—Vamos, buena mujer, le dijo, ¿qué quereis de mí? esplicaos pronto porque no puedo perder tiempo.

Pues entonces nos encontramos en el mismo caso, le contestó Mariana; pero en una hora se pueden decir muchas cosas. Primero leed.

Sacó un papel, envuelto en un paño blanco, del bolsillo de su vestido rayado de negro y rojo, y despues de haberlo abierto, se lo presentó á Mr. Cros, el cual reconoció que era una acta de donacion hecha á Mariana por el difunto conde de Chevalaine, del terreno en que estaba edificada su casa y veinte fanegas mas en circunferencia, en recompensa de sus buenos servicios.

El acta estaba perfectamente en regla.

—Corriente, dijo Mr. Cros, reclamaréis vuestros derechos, pues esto no me pertenece á mí, sino á toda la sucesion.

—No son estos los derechos que quiero reclamar, dijo Mariana; son otros á los que aspiro, y he querido consultaros sobre el particular.

—¿A mí? le dijo Mr. Cros; yo no soy ni escribano ni abogado.

—Sois un hombre que conoceis los negocios perfectamente, repuso Mariana, pues me he informado lo suficiente para saberlo. Además de esto sois parisiense y rico. Como rico, debeis amar al dinero; y como parisiense os debe importar un bledo este pequeño rincón; y por eso os he escogido para haceros mis proposiciones.

Entre tanto Mariana habia cogido una piedrecita y Mr. Cros hizo otro tanto respondiendo con desdenosa sonrisa:

—¿Y cuáles son vuestras proposiciones, señora?

—Yo soy Mariana, la madre de Maricou, repuso ella.

—¿Quién es ese Maricou? dijo Mr. Cros, que no se acordaba de que lo habia oido pronunciar diez veces.

Mariana estaba acostumbrada á que su nombre y el de su hijo despertasen un sentimiento de terror ó al menos de curiosidad; y se quedó mirando á Mr. Cros apercibiéndose de que su ignorancia era muy natural.

—Maricou, le dijo mirando atentamente al banquero, es mi hijo, y su padre era el conde de Chevalaine.

—¡Ah! ya! dijo Mr. Cros como si se hubiera puesto malo instantáneamente; una historia de seduccion y un bastardo.... Está corriente, buena mujer, ya conozco lo que vais á contarme.... ¡Diablo! seria muy divertido si todos los vagabundos del país tuvieran el derecho de presentarse en todas las sucesiones diciendo que eran hijos del difunto. Está bien, señora, hemos concluido, y os deseo mil prosperidades.

Mr. Cros dió algunos pasos para irse; pero comprendió al momento que no podria salir de la landa sin un guía; y se detuvo arrepintiéndose del modo con que habia acogido la confianza de Mariana. Se volvió hácia ella y se la encontró en el mismo sitio é inmóvil. Entonces se le acercó diciéndole con dulzura:

—Sin embargo, buena mujer, si necesitais alguna cosa; si por casualidad estais en la miseria, venid al castillo, y entonces conoceréis que soy mas caritativo de lo que aparento.

—No pisaré los umbrales del castillo, repuso Mariana, hasta el dia en que mi hijo entre en él como amo.

Al escuchar aquella respuesta y el tono con que la hizo, Mr. Cros abrió desmesuradamente los ojos, y no pudiendo admitir que los proyectos de aquella mujer mereciesen fijar su atencion, le contestó:

—Señora, como gustéis, entrad en él con una corona de condesa; pero aquí para entre los dos, os diré, que me parece que habeis perdido el juicio.

—La hija de la que me robó esa corona, le contestó Mariana, ha muerto en este mismo sitio, y no faltan parajes en la landa donde se puedan colocar muchas cruces por el estilo.

La inquietud que habia experimentado Mr. Cros al principio de la conversacion, se trasformó en un verdadero malestar y principió á gritar:

—¿Cómo se entiende? qué significa esto?.... ¡esto es un lazo!.... un asesinato!.... Vamos, decidme lo que quereis, y concluyamos.

—Lo que quiero es hacer un contrato con vos, repuso Mariana, y si no me equivoco, creo habérselo dicho ya.

—¿Pero, en fin, qué contrato es ese?

—Si me hubierais escuchado, ya lo sabriais, caballero.

—Pues os escucho, le dijo Mr. Cros sentándose de nuevo, como si aquella condescendencia fuese voluntaria.

Mariana principió su narracion en los términos siguientes:

—Ya os he dicho que Maricou es hijo del conde de Chevalaine, caballero; y el abate lo sabe lo mismo que yo, pues fué el que me anunció el casamiento de su hermano, suplicándome de rodillas que no diera ningun escándalo. La señorita Lucia de Chevalaine lo sabe tambien; porque lo reconoció por primo suyo, delante del mismo conde, que no se atrevió á desmentirla; y por último, cuando por un terrible accidente pereció la hija legitima del difunto en este mismo sitio, la escena que tuvo lugar el dia de su entierro, fué bastante pública para que se pueda dudar de mis palabras.

—¿Qué escena? dijo Mr. Cros que principiaba á prestar atencion á las palabras de Mariana.

Esta no le contestó inmediatamente, porque hacia inauditos esfuerzos para disfraczar su temblorosa voz, y por último, repuso:

—El dia que enterraron á Mlle. Maria de Chevalaine, tuvo lugar la ceremonia religiosa en la capilla del castillo. El conde, á pesar de su desesperacion, quiso asistir á ella; y aquel sagrado recinto estaba lleno de gente, porque todo el mundo en general queria mucho á la virgen del castillo, que era como la nombraban.

Un profundo suspiro silbó, por decirlo así, entre los apretados dientes de Mariana, y Mr. Cros creyó dar una patente muestra de su talento, diciéndole:

—Ecepto vos, sin duda, ¿no es cierto?

Mariana prosiguió con voz sorda:

—Yo no la conocia, pero no así Maricou que la idolatraba sin duda, no obstante que lo miraba como á un perro y lo trataba como á tal, pero los hombres no sienten nada.

Maricou, añadió con sombrío acento, no dudó

ni un instante entre el padre rico, que lo habia abandonado, y la madre que lo habia criado. Por lo tanto, estaba oculto en un rincón de la capilla, llorando como los demás.

En fin, llegó el momento en que todos fueron echando el agua bendita sobre el ataúd; y como Maricou quiso hacer como los demás, se aproximó al monaguillo; mas viendo este con quien se las habia, retiró el hisopo que le iba á entregar, sin mirarlo, y al momento todos los circunstantes principieron á llamarle bribon, echándole en cara el ser hijo mio.... y hasta quisieron pegarle. Pero el conde de Chevalaine, que estaba aniquilado sobre un banco, se levantó al ruido, reconoció á Maricou, y olvidándose de que hablaba delante de un centenar de personas, le dijo en voz alta:

—¡Bendice á tu hermana.... y ruega por ella!

Mariana contaba lo que llevamos dicho con aire sombrío, y mas de una vez apareció en sus palabras la rabia que la devoraba, á pesar de sus esfuerzos; pero Mr. Cros no atendia mas que al resultado de la confianza, y exclamó:

—¡Diablo! ¿dijo eso?

—Delante de cien personas.

Mr. Cros reflexionó inmediatamente que la aparicion de un hijo natural disminuira su herencia lo menos en la mitad, y repuso:

—Señora mia, la justificacion de la paternidad no le es permitida á los hijos naturales.

—¿Qué decis? le repuso Mariana.

—Digo que si no tenéis otras pruebas para demostrar que Maricou es hijo de Mr. de Chevalaine, podeis volveros á vuestra casa y dormir en paz; porque lo que me habeis dicho es lo mismo que la carabina de Ambrosio.

—Es que se lo ha confesado á su hijo.

—¿Y quién lo afirma?

—Maricou.

—Pues entonces es como si no lo dijera nadie.

—Ved que os digo la verdad.

—Si, pero yo os presento la ley.

—La ley, dijo Mariana levantándose, y echando en torno suyo una mirada iracunda.... la ley, ¿hay alguna, por ventura, que diga que un padre no lo es de su hijo?.... La ley, la ley, repuso con un furor salvaje.... la ley no existe.... ni existirá.... ¡Oh! añadió afianzándose á la cruz de hierro y sacudiéndola como si hubiera querido derribarla.... ¿Decís que la ley existe, cuando todos han muerto?....

Mr. Cros se espantó al ver la livida palidez de Mariana, y buscaba un medio de evadirse, cuando fijando sus coléricas miradas en él, le dijo:

—Vos perteneceis tambien á esos ricos que deshonoran á las infelices mujeres, y luego se refocilan en sus casas, mientras ellas no comen mas que pan negro, y velan toda la noche para poder alimentar á sus hijos. Si; perteneceis á esa horda de miserables, habeis venido á la landa para apoderaros de ella, y venderla en seguida echándonos de aquí. Pero la landa me pertenece, la landa es mia, porque el difunto me lo prometió así; de otro modo nunca me hubiera pasado nada.... porque yo no amaba al conde: tenia diez y ocho años, mientras él contaba cuarenta. Os lo prevengo.... Si no haceis caso de lo que os digo.... si Maricou no llega á ser conde de Chevalaine, sucederá alguna desgracia.

Si Mr. Cros hubiera estado en su gabinete de París, y que Mariana le hubiese hablado en aquellos términos, hubiera llamado á Gros-René y le hubiera dicho:

— Echad esta loca á la calle.

Si el camino en que se encontraban hubiese estado frecuentado, por poco que hubiera sido, le hubiese vuelto la espalda, diciéndole:

— Vamos, buena mujer, á lo que veo habeis perdido el juicio.

Pero en la posición que se encontraba, no eran muy á propósito dichas frases; por lo que le contestó con voz melosa:

— Señora mía, comprendo perfectamente que tengais ganas de ver á vuestro hijo transformado en conde de Chevalaine; ¿pero qué quereis que yo le haga?

— ¿Vos? repuso Mariana.... sí.... teneis razón.... pues no os he dicho aun el por qué deseaba hablaros.

— Es verdad, repuso Mr. Cros, y al paso que vamos no estaréis seguramente en vuestra casa á la hora que habeis dicho.

— Concluyamos, dijo Mariana bajando la voz, ¿me prometeis vuestro apoyo para que mi hijo sea reconocido como conde de Chevalaine?

— Si puedo, ¿por qué no?

— Pues bien, repuso Mariana con un ardor singular, si llega á ser conde de Chevalaine os diré en donde está oculto el tesoro de su padre.

— Ah! dijo Mr. Cros con marcado desden, ¿llegamos á la historia del tesoro enterrado?

— ¿Dudáis? le dijo Mariana, pues os lo enseñaré!

— ¿Y en donde está? le preguntó Mr. Cros.

— En el castillo.

— En el castillo! entonces todos sabrán el sitio.

— Oh! repuso Mariana con una sonrisa cruel, hay pasillos secretos y escondites que nadie los conoce mas que yo.

— ¿Y quién os ha dicho que no lo ha revelado antes de morir?

— Oh! en cuanto á eso, bien se puede asegurar que no se habrá atrevido, porque es un pasillo que conduce á la habitacion que ocupé mientras estuve en el castillo, y entonces se hubiera sabido por donde....

Mariana se contuvo y sus facciones se contrajeron horriblemente. Mr. Cros, que no se acordaba de nada, le dijo con socarronería....

— Si, hubieran sabido por donde ibais á buscarlo de noche. Y Mr. Cros se sonrió ligeramente de la chanza que acababa de dirigirle, pero su sonrisa espiró en sus labios, ante la altiva mirada que Mariana fijó en él.

— La noche... dijo ella, ¿qué noche?

— Diablo, dijo Mr. Cros balbuceando; muchas noches á lo que supongo.... pues aun sois bastante hermosa, y en aquel tiempo.... os juro.... que.... en fin....

Mariana bajó los ojos, no por pudor, sino para cesar en su hostilidad; pues era enteramente inútil el querer adivinar el pensamiento secreto del banquero, porque en realidad no tenia ninguno en aquel momento.

Sin embargo, guardó silencio por breves instantes, y luego repuso:

— El tesoro yo os lo enseñaré, y os será fácil apropiároslo: pues con que logreis que los de-

mas herederos os vendan el castillo, todo lo que haya en él os pertenecerá.

— Eso es algo arriesgado, le contestó Mr. Cros.

— Quien no se aventura no pasa la mar, replicó Mariana. ¿Pero quedamos en que me ayudaréis á que se reconozca á mi hijo por lo que es?

— Dificil lo veo.

— Sin embargo, es menester que sea así....

— Además, prosiguió Mr. Cros, quiero ver las cosas tal cual son.

— Ya las veréis.... pero no olvidéis que lo que acabo de deciros, puedo comunicárselo á los demás herederos, y que si me engañais....

— Ningun interés tengo en ello...., pero en cuanto á lo del tesoro, permitid que dude de su existencia.

— ¡Pues bien! á eso de las doce de la noche abridme la puerta del parque que da junto al fosó de los zarzales, introducidme secretamente en el castillo, y procuraos la llave de la habitacion verde que habitaba el conde de Chevalaine antes.... de la muerte de su esposa....

— ¿Una habitacion verde que tiene una alcoba?....

— Si señor, y en la cual no ha vuelto á dormir nadie en ella.... segun creo.

— Es decir, que no la ha ocupado nadie hasta mi llegada, pues quien duerme en ella soy yo; repuso el banquero.

— ¿Vos?

— Si señora, y yo; es una habitacion verde con una chimenea de mármol blanco con filetes de bronce, y sobre la cual hay un espejo que llega hasta el techo.

— Si señor, esa es.

— Pues esa es la alcoba que me han destinado.

— ¿Y habeis dormido en ella?

— Ya lo creo.

— ¿Sin haber oido nada?

— Absolutamente nada.

Mariana se ocultó la cabeza entre las manos diciendo:

— No dormiria en ella por todo el oro del mundo.

Mr. Cros no tenia ya mucha prisa por marcharse, pues, aunque no daba entera fé á las palabras de Mariana, reconoció que no era ni con un motivo sórdido, ni por ganas de asustarle, por lo que obraba aquella mujer; y desde el momento que se convenció que lo que queria era hacer un contrato, recobró su presencia de espíritu.

— Entonces le dijo, pero, en fin, ¿no teneis mas pruebas que dar sobre el nacimiento de Maricou que las que me habeis dicho?

— El escribano de Ribay las tiene, ó por mejor decir, debe tenerlas; pero no se las comunicará á una pobre mujer como yo.... pero si se las pidiereis vos, seria distinto....

— Veré al escribano.

— ¿Hoy mismo?

— Si, si, prosiguió Mr. Cros; pero aquí para los dos, debo deciros que eso me costará bastante dinero probablemente.

— En cambio tendréis un tesoro.

— ¡Bah!.... puede ser que no sean mas que algunos miles de escudos metidos en un rincón.

— No señor, son sacos llenos de oro.

— La mirada de Mr. Cros se fijó atentamente en Mariana, y despues de observar si podian ser escuchados, prosiguió:

Para formar una suma respetable, es necesario mucho dinero; por lo tanto, si os conviniera una cosa....

— Todo lo que querais....

— Pues bien, arreglaos de manera que pueda disponer de la landa á mi gusto, para hacer....

— ¡La landa! exclamó Mariana violentamente; ¿pero para qué diablos quereis este erial que no produce ni aun yerba para el ganado?... ¿Para qué quereis la landa? para trasformarla, hacer en ella caminos reales, apoderaros de las barracas y hacer de sus habitantes otros tantos criados, como hicieran conmigo?... No, no, la landa es nuestra.... podrán matarnos á todos.... podrán arrasar nuestras viviendas.... pero no la cederemos mientras quede uno de nosotros con vida. No trateis de apropiaros la landa.... Nos han dicho que un hombre que os ha acompañado desde París, quiere establecer en ella una porcion de cosas.... pues bien, os aseguro que si no abandona su propósito.... acontecerá alguna desgracia.... Guardaos.

— Corriente, corriente, dijo Mr. Cros que principiaba á inquietarse de nuevo, al ver la creciente exaltacion de Mariana.... y si quereis que vaya á Ribay....

— Si, le contestó aquella, id, y hasta la noche.

— Muy bien.... ¿con que decis que en la puerta....?

— Si, en la puerta de los Zarzales.

— No faltaré.

— ¿Qué camino tengo que tomar para ir á Ribay?

— Este, le contestó Mariana señalándole el sendero en que estaban.

— Pero ¿cómo haré para encontrar mi caballo? Si me quedo solo, me perderé seguramente.

— ¿Estabais con el Sr. Burlaudas?

— Si.

— Pues llamadlo y no tardará mucho en aparecer.

— El banquero llamó á Burlaudas, que le contestó al momento, y pocos instantes despues apareció con el caballo del diestro. Mariana habia desaparecido.

— ¿Podeis guiarme hasta Ribay? le preguntó Mr. Cros.

— Si señor, le contestó el agrimensor.

— Pues en marcha.

Y pocos momentos despues se perdieron en el camino que conducia al punto indicado.

V.

Mr. Cros anduvo un gran trecho de camino, sin dirigir la menor pregunta á Burlaudas, que no se seperaba de su lado ni un momento; pues temia á la landa, como si cada zarzal ó retama ocultase un espia encargado de vigilar su conducta.

Pero, á pesar de esto, estaba mucho mas tranquilo que antes de haber hablado con la madre de Maricou, y es la mejor prueba que podemos dar del poder que aquella mujer adquiria sobre todo el que la trataba. El banquero se figuraba que atravesaba un pais de esclavos con un salvoconducto del Soberano.

Pero esta conviccion instintiva le aconsejaba ser muy prudente, al mismo tiempo, que le tranquilizaba por su seguridad personal; por lo tanto, hasta que estuvieron cerca de Ribay, en medio

de las tierras de labor, no se atrevió Mr. Cros á hacerle una seña á Burlaudas, el cual se acercó á él para escucharle.

—¿Qué clase de hombre es el escribano que vamos á ver? le preguntó el banquero.

—Es un hombre bajito, moreno, y sobre todo muy alegre.

—Si, lo conozco de vista..... os pregunto sobre sus costumbres, su carácter..... en fin, quisiera saber hasta donde llega su moralidad.

—En cuanto á eso, os diré que es un buen vividor..... y muy honrado al parecer.

—¡Ah! exclamó Mr. Cros..... ¿con que es muy honrado?..... ¿y no hay mas escribanos en Ribay?

—El otro está en M.....

—Sí, sí, prosiguió el banquero..... no me acordaba; pero probablemente debe conocer á un tal Maricou.

—¡Maricou! ¿quién no conoce á ese bribon, que es el terror de toda la comarca?

—¿No es el hijo de una mujer que se llama Mariana? exclamó Mr. Cros.

—Si señor, hijo de Mariana la envenenadora.

El banquero se estremeció al oír aquellas palabras, pues le dió un miedo terrible al pensar que habia estado hablando con una envenenadora.

Sin embargo, como en la hora que habia llevado de camino, habia enumerado en su mente la série de preguntas que queria dirigir á Burlaudas, no perdió el hilo de sus ideas, y repuso:

—¿Y se sabe quién es el padre de Maricou?

Burlaudas le miró como admirado de aquella pregunta.

—¿El padre de Maricou? exclamó. Me sorprende vuestra pregunta, pues sois de la familia, y todo el mundo sabe que.....

—Si, sí, dijo Mr. Cros interrumpiéndole; pero como se dicen tantas mentiras..... pensé.....

Burlaudas reflexionó largo tiempo, y por último dijo.

—Señor, he tenido siempre una idea sobre lo que me preguntais, pero no me he atrevido á comunicársela á nadie.

—¿Y cuál es, Burlaudas? repuso el banquero; en verdad que me alegraría conocerla.

El agrimensor dudó algunos momentos, como arrepintiéndose de lo que habia dicho; pero era uno de esos pensamientos que se tienen ocultos mucho tiempo, hasta que llega el momento que se escapan como si fuesen un vapor comprimido sin poderlo remediar. Por lo tanto, Burlaudas le contestó.

—Hay muchas personas que se precian de sabias, y que no podrian decir el por qué todo lo que ha pasado, se ha quedado en el silencio como si nada hubiese ocurrido. Porque al fin y al cabo, la señora de Chevalaine y el recién nacido fueron asesinados en la misma noche, y Mlle. Maria de Chevalaine murió en la landa, estando en ella Maricou..... sin embargo, ni la madre ha sido condenada, ni el hijo perseguido; muy al contrario, pues el difunto conde, que en paz descansa, no podía vivir sin él.

Era una cosa terrible, caballero..... Cuando Mr. de Chevalaine y Maricou estaban en la landa, por mas que el padre hacia para huir de su lado era inútil: un poder sobrenatural le impulsaba y sucumbia en la lucha á pesar de sus esfuerzos.

¡Diablo! lo he visto muy á menudo: daba veinte pasos, luego retrocedia, despues se adelantaba de nuevo y se detenía llevándose las manos á la frente como un loco; y algunas veces se sentaba en el suelo como para no pasar del sitio en que estaba, pero apenas se ponía de pié se sentía impulsado, á pesar suyo, hacia un punto de la landa, y por último, se acercaba á Maricou que lo atraia..... lo atraia..... En fin, os aseguro que la madre y el hijo lo tenían encantado..... El pobre hombre ya lo conocia..... pero no podía resistir, y ha muerto sin poder romper el hechizo.....

Lo sé mejor que nadie..... porque la noche en que falleció el conde, me llamó para que le diera algunos datos sobre la estension de todas sus tierras, pues las he medido todas, y encontré á Maricou que estaba al pié de su cama, mirando al conde con unos ojos..... ¡pero qué ojos!..... parecia que lo tenía bajo su poder. Por lo tanto, os repito, que tanto la madre como el hijo son dos malvados de primer orden.

Una narracion, por estrambótica que sea, toma un tinte mas ó menos aparente de verdad, segun el aire y el tono del que la refiere; por lo tanto, el indignado acento del agrimensor, su voz temblorosa, su palidez y su emocion, hicieron un efecto sensible en Mr. Cros, que se hubiera reido indudablemente en otra ocasion al oír que habian hechizado á un hombre.

—¿Se burlará de mí esa gente? se preguntó á sí mismo.

Y sin embargo hubiera podido encontrar una explicacion muy natural al singular encanto que ejercia Maricou sobre el conde, pues era el amor paternal. Amor desesperado, que despues de haber perdido á Maria, buscaba una persona con quien llorar, y que, habiendo adivinado el noble corazon de Maricou, derramaba en su seno las lágrimas de su dolorosa amargura. Las dudas que experimentaba, provenian de que el clamor público acusaba á la madre y al hijo, como autores de sus desgracias; y sabido es que se necesita tener un valor á toda prueba para atreverse á amar á una persona condenada por la opinion pública, sobre todo, cuando su existencia puede sernos echada en cara como una falta.

(Se continuará.)

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuacion.—V. el n.º 49.)

—No á fé.

—Entonces.....

—Ya ha muerto, contestó Lopez pausadamente concluyendo la frase.

—¡Voto al diablo! ¿Qué estais diciendo?

Y Antonio Perez se levantó apresuradamente del sillón.

—La verdad, señor; ha muerto anoche de una buena puñalada en el corazon.

—¡Asesinado!

—En el átrio de la parroquia de san Andrés.

—¡Ira de Dios!..... ¿Y cómo habeis tenido la noticia de su muerte?

—Al tiempo de retirarme á mi casa vi alguna gente reunida en el átrio, me acerqué y era la ronda. Allí estaba el infeliz caballero bañado en su misma sangre, recibiendo en la herida los rayos de la luna, que era una compasion á verle. Ha de saber V. E. que el señor D. Juan me honraba con su amistad, y como yo sabia por él que estaba al servicio de V. E., me he apresurado...

—¡Muerto!..... murmuraba Antonio Perez paseándose por la habitacion; ¡muerto sin haber podido hablar con él!.....

—Ruiz, dijo acercándose á la puerta del despacho.

—Qué mandais, señor, contestó el secretario poniéndose de pié.

—Rasgad la carta que habeis escrito para don Juan Mondejar, y haced que avisen á D. Alvaro Garcia de Toledo.

Y vos, buen hombre, siguió volviéndose al sacristan y arrojándole un bolsillo, tomad para que refresqueis, aunque la noticia que me habeis dado ha sido fatal.

El sacristan comprendió que ya nada tenia que hacer allí.

Cogió el dinero, hizo una muy cumplida reverencia, y salió de la habitacion murmurando enternecido casi.

—Pobre caballero, Dios ha ya tenido compasion de su alma.

—¡Ira de Dios! exclamó Antonio Perez luego que se quedó solo, no haber tenido tiempo de hablar con él..... no saber..... Si á lo menos se hubiese encontrado en su bolsillo algun papel que pudiera orientarme.....

Y media el aposento á grandes pasos.

Así trascurió un cuarto de hora, de angustia mortal para el favorito.

Sintióse rumor de pasos en la habitacion inmediata, y unos golpes que una discreta mano daba en la puerta, solicitando permiso para entrar.

—Adelante, dijo Antonio Perez.

Un anciano, vestido de negro, penetró en el aposento haciendo una cortesía.

Era D. Alvaro Garcia de Toledo, alcalde de casa y córte.

—¿Qué sabeis del asesinato cometido anoche en el átrio de san Andrés? preguntó Perez con voz breve y concisa.

—Señor..... murmuró el anciano sorprendido de la pregunta.

—Decidme lo que sepais..... pero pronto..... lo que hayais averiguado.

—Poco es lo que puedo contestar á V. E.; señor, porque el asesino no dejó rastro ninguno del crimen.

—¿Pero registrasteis el cadáver? ¿Tenia algun papel en los bolsillos de su vestido?

—Señor, la víctima tuvo sin duda alguna tiempo de huir.....

—¿Cómo! ¿Qué estais diciendo? ¡Huir un cadáver!

—Digo, señor, que en el sitio donde se cometió el crimen no habia mas que un charco de sangre, única huella que se pudo hallar.

—¡Pero cómo! dijo Antonio Perez sorprendido; ¿no encontrasteis allí el cadáver de D. Juan Mondejar con una puñalada en el corazon?

—Vuelvo á repetir, contestó el alcalde sorprendido á su vez de los datos que tenia el favorito, que allí no habia cadáver alguno.

Antonio Perez reflexionó un momento.

—Es extraño, dijo hablando consigo mismo: ¿si me habrá engañado ese hombre? Es necesario, continuó dirigiéndose al alcalde, que averigüéis lo que haya de verdad en ese negocio. Hace un instante se me ha dicho que D. Juan Mondejar fué asesinado anoche en el átrio de san Andrés. Necesito saber hoy mismo si es verdad, y dónde está ese caballero, vivo ó muerto.

Podeis retiraros.

El alcalde saludó temblando, y salió de la habitación.

Entonces Antonio Perez apoyó la frente entre las manos y quedó sumido en una profunda meditación.

Acaso en aquel momento empezaba á sentir el favorito ese desaliento moral, esa calma aterradora, semejante á la postracion del hombre que está próximo á exhalar el último aliento.

Estado mil veces mas temible que la violenta agitacion del espíritu cuando lucha con algun obstáculo y se obstina en vencerle.

Antonio Perez, talento de primer orden, y experimentado piloto de los cortesanos mares, veia sereno aun el cielo de su privanza; pero una agitacion interior, sin verdadera causa en qué apoyarse, le hacia presentir un peligro inminente y extraño, contra el cual no podia luchar, porque aun no habia tomado cuerpo á sus ojos, é ignoraba su naturaleza.

La fortuna habia hecho por él todo cuanto esta inconsecuente deidad puede hacer por un hombre; le habia mecido entre sus brazos al nacer, arrullando dulcemente su juventud; siguió constante sus pasos hasta colocarle en el último grado de la escala que le mostró al empezar su carrera.

Desde allí contempló á la multitud con altiva frente y desdeñosa mirada, diciendo en alta voz á todos los pueblos del mundo:

—Yo soy Antonio Perez, el favorito del rey.

Mi sombra se confunde con la de la augusta majestad.

Mi aliento empaña las perlas de la diadema de dos mundos, y el eco de mi voz es el estampido de cien bombardas, intérpretes de mi voluntad semi-real.

Pero junto al último escalon que habia hollado con pié firme y resuelto, estaba el trono de Felipe II, el hijo de un emperador que apresaba papas y reyes, y hacia enmudecer á los que iban á preguntar su nombre en Flandes ó Lepanto.

Y detrás de aquel trono veia Antonio Perez la plaza de Valladolid y la cabeza de D. Alvaro de Luna.

Terrible fantasmagoría en verdad para los ojos de un favorito.

Antonio Perez, en su privanza, habia visto amanecer ya un dia sin sol.

La tempestad no estaba lejos.

Habia empezado á formarse la nube sobre el alcázar real, estendiéndose poco á poco y avanzando amenazadora.

¿Dónde iria á estallar?

Eran las diez de la mañana y aun seguia Antonio Perez entregado á sus reflexiones, cuando entró su mayordomo Diego Martinez y le entregó un billete que acababan de dejar para él.

La letra del sobrescrito debia serle muy conocida, pues al leerle se sonrió como un hombre que de antemano adivina lo que va á leer.

El billete estaba concebido en estos términos.

«Venid esta noche y os diré quién va á lanzar el dardo. —Vuestra, Ana.»

Antonio Perez se tranquilizó: si el dardo iba dirigido á él ya podia ponerse en guardia.

—¿Espera contestacion? preguntó el favorito al mayordomo.

—Si señor, contestó este, la tapada que le ha traído dice que la precisa hablar á V. E. de parte de....

—Está bien, le interrumpió, sin dejarle terminar la frase, házla entrar.

Diego Martinez saludó y fuése á obedecer á su señor.

Pocos minutos despues apareció en el dintel de la puerta una mujer vestida completamente de negro.

Antonio Perez al verla se levantó rápidamente del sillón que ocupaba y dió un paso atrás.

La dama dejó caer el velo que la cubria despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta.

Era una hermosura completa; ojos negros y rasgados, poblada y negra la cabellera, boca pequeña, talle flexible y majestuoso....

Y luego una palidez tan diáfana que parecia una estatua de mármol blanco.

Tenia en el cuello una cicatriz como de dos pulgadas de longitud, de un color sonrosado, que mas bien parecia un dije de un collar que otra cosa.

El favorito y la dama frente uno de otro se contemplaban en silencio.

El semblante de Antonio Perez despues de haber perdido su espresion de asombro á la aparicion de la desconocida, fué poco á poco tornándose sombrío y amenazador.

El de la dama menos irascible y si muy conmovido, espresaba un profundo sentimiento de ternura en una mirada que entre lágrimas despedian sus ojos.

Ni uno ni otro se atrevian á romper tan prolongado silencio.

El favorito volvió á ocupar su asiento, y puesto el codo en uno de los brazos del sillón, se puso á mirar de hito en hito á la enlutada como invitándola á que hablase.

Esta sin moverse del sitio en que estaba, le preguntó con melodioso acento.

—¿Os acordais de mí?

Antonio Perez se estremeció.

—¿A qué habeis venido, señora? preguntó con breve y cortado acento.

La dama con la misma entonacion volvió á decirle.

—¿Os acordais de mí?

—No os conozco ni hago memoria de haberos visto, contestóla el favorito.

El semblante de la dama palideció de repente.

Dió un paso hácia adelante, despues se detuvo y rompió á llorar.

—Vuelvo á deciros, señora, que me digais el motivo de haber llegado hasta aquí, le dijo el favorito sin dejar de mirarla.

—Puesto que no me conoceis, contestó la dama entre sollozos, nada tengo que hacer con vos.

—Entonces....

Y Antonio Perez señaló á la puerta del aposento.

—Esperad, siguió la dama, ahora saldré, quieró que hablemos un instante.

—Sed breve, S. M. me espera.

—S. M. se alegra, porque al esperaros le dáis tiempo para pensar en los medios de que se ha de valer para perderos.

—¿Qué decis! exclamó Antonio Perez pálido de ira.

—¿Venia á daros un aviso! pero puesto que no me conoceis, me abstengo de hacerlo: acaso no os inspiran confianza mis palabras.

—Hablad, dijo el favorito.

—Y sin embargo, siguió la dama sin hacerle caso, hubo un tiempo en que á mi lado las horas os parecian minutos.

Un tiempo en que os parabais al oír mi voz que sonaba en vuestro oído como un coro de ángeles.

Entonces me conociais mejor.

—Señora....

—Dejadme hablar sin interrumpirme.

Al decir hace poco que no me conociais habei mentido. Y no obstante, no sabiais que no vengo á pedir nada, nada que no me podais dar.

Yo os he visto hace mucho tiempo en el apojeo del poder y el esplendor de la privanza, y no me he atrevido á presentarme ante vos, porque no creyerais que iba á pedir una limosna; pero ahora que la suerte os abandona, ahora que todo cuanto os rodea se viene abajo y va á derribarse el alcázar de vuestra ambicion sepultándose entre sus ruinas, vengo á vuestro lado para ayudaros á arrostrar todos los peligros que os amenazan, porque os amo aun.

Y la voz de la dama era tan suave é imperceptible que esta última palabra mas parecia un suspiro que un acento.

Si, os amo aun, y no me arrepiento de deciros ahora lo que tantas veces os he asegurado cuando queriais oirme. Os amo, es verdad, pero mi amor es tan puro que no ofende en lo mas mínimo el amor de vuestra esposa. Por eso vengo á avisaros que os venden los que se llaman vuestros amigos, y que otros de quien no sospechais trabajan por perderos.

—¿Y habeis venido aquí para darme tales noticias, señora? preguntó Antonio Perez levantándose de su asiento, para contarme tan ridiculas patrañas que solo en una imaginacion enferma pueden albergarse.

¿Que me amais! quién os pide ese amor, ni qué me importa á mi de tal cosa! y en cuanto á esos soñados enemigos ¿dónde están? Nombradme uno siquiera....

—¿Quereis que os diga el nombre de uno, acaso del mas temible?

—Mucho me alegraria.

—Pues bien; hace un momento ha estado hablando con vos.

—¿Conmigo?

—Sí, ha venido á contaros una patraña sobre un asesinato que presencié.

—¿Cómo! ese hombre....

—Ese hombre que os ha dicho hace un momento no sé qué acerca de D. Juan Mondejar, trabaja con Mateo Vazquez para perderos.

—¿Y quién es ese hombre, decid?

Ya lo sabreis mas adelante.

—¿Y decis que ha venido á engañarme? Luego no es cierto el asesinato de Mondejar?

—No lo es, aun cuando él cree lo contrario: D. Juan de Mondejar fué herido en el átrio de san Andrés; pero vive aun.

—¿Dónde está? quiero verle.

—Es imposible, y ahora adios, pues ya nada tengo que deciros.

Y la dama sin esperar á mas, volvió á echarse el velo sobre el semblante, y salió de la habitacion cerrando la puerta.

Al poco rato bajaba Antonio Perez por la calle del Sacramento con direccion al alcázar de Felipe II.

IV.

LA FAVORITA.

Eran las ocho de la noche cuando Antonio Perez se dirigia por la calle de la Almudena á casa de la princesa de Eboli, que, segun hemos visto en el capitulo anterior, le esperaba allí para comunicarle una noticia importante.

La casa que habitaba la favorita, estaba situada á espaldas de Santa María y muy próxima al real Alcázar.

Era una de tantas casas antiguas, de vastas y desordenadas habitaciones, sin arte ninguno construidas, que la pericia de sus dueños se encargaba de decorar con arreglo al gusto poco esquisito, aunque severo de la época.

Y esta era una de las mas lujosas de aquel tiempo.

Verdad es que albergaba entre sus viejas paredes nada menos que á la favorita de Felipe II.

En uno de los salones principales, perfectamente amueblado, con grandes retratos de familia sobre el raso que cubria las paredes, y varios objetos de lujo distribuidos en magnificas mesas doradas con primor formando labores caprichosas, estaban reunidas á la sazón dos mujeres, una de las cuales leia en alta voz un libro encuadernado en tafete verde con las armas reales, mientras la otra fingia escuchar la lectura, que por muy interesante que fuese, no lograba en realidad fijar su atencion.

Las dos vestian con estremada sencillez, si bien la lectora indicaba en su modesto traje no ser ninguna dama principal, sino mas bien una doncella de la casa, que desempeñaba las funciones de camarera, ú otra cosa parecida.

La dama que, tendida muellamente en un sillón, aparentaba escuchar, tendria unos treinta y cuatro años, y su rostro, sin ser de una hermosura notable, llamaba la atencion por el aire y majestad que en él habia, debido quizá á lo esclarecido del nacimiento y elevada posicion de la persona.

Era pálido, pero de esa palidez aristocrática, rodeada de hermosos cabellos negros, con unos labios finisimos, aunque algo descoloridos, que formaban la boca mas encantadora del mundo: adorable busto descansando en un torneado cuello de cisne.

Esta dama era doña Ana Mendoza de la Cerda, princesa de Eboli y favorita de S. M. Felipe II, que, aunque de severo carácter y morigeradas costumbres, se permitia aun imitar de vez en cuando á algunos calaveras de la corte.

Por lo demás, dicha señora era lo que vulgarmente se llama una buena moza.

Tal creia á lo menos Felipe II, que, á su cuali-

dad de gran político, reunia la de perito en la materia.

Ello es, que la dama disponia en parte del poder real.

Y decimos en parte, porque Felipe II no lo cedia por entero jamás.

Esta circunstancia nos hace creer que el rey no la amaba de veras, ó que anteponia otras muchas cosas á su amor.

Creemos tambien que Felipe II no amó nunca á nadie mas que á sí mismo; y que solo dominaba el yo en su impasible carácter, y en todas sus acciones y pensamientos.

Felipe II no llegó á tener celos en el amor de doña Ana.

Llegó á sospechar tan solo que otro hombre pretendia elevar su corazón hasta la favorita, y no pudo sufrir que este entrase en competencia con él.

Hé aqui todo.

Pero volvamos al salon donde esta meditaba aparentando oír la lectura de su doncella.

Una magnífica lámpara de plata colocada sobre una mesa, y cuya luz perdía su fuerza y claridad en una pantalla de color de rosa antes de llegar hasta la favorita, la envolvía en una tinta pálida y sonrosada que apenas dejaba percibir el gesto de impaciencia que plegaba sus labios en aquel momento.

Un reloj que habia en la habitacion dió las ocho y cuarto.

—Basta ya, Inés, no os molesteis, dijo con una voz armoniosa y grata, aunque algo alterada; dejadme sola.

La doncella obedeció.

Pero en el momento en que llegaba á la puerta para retirarse, se abrió esta y Antonio Perez se presentó en el umbral sin previo aviso.

Llevaba el mismo traje en que le hemos visto por la mañana en su casa.

(Se continuará.)

HISTORIA ILUSTRADA

DE LA GUERRA DE ÁFRICA

CONTINUACION

DE LA CUESTION DE MARRUECOS.

El 7 de noviembre se presentaron unos mil moros ante la plaza de Ceuta, á la que hicieron algunos disparos, aunque sin producir perjuicio alguno. La guarnicion proyectaba una salida para escarmentarlos.

El gobierno continuaba enviando las tropas á los puntos respectivos, y los embarques de estas se hacian con un órden admirable y en medio de un entusiasmo indecible. La mayor parte de los cónsules extranjeros, residentes en Tánger, Mogador y Casablanca, habian llegado á Gibraltar; únicamente el agente británico, residente en el primero de estos puntos, permanecia aun en su puesto.

Segun un despacho del *Monitor* de París, el general Martimprey, jefe del ejército expedicionario francés, habia alcanzado una gran victoria sobre las tribus enemigas, apoderándose de un inmenso botín y cogiendo las banderas de los Mahias y de los Angades. Otro despacho de Pa-

ris decía que la *Gaceta* de Londres del 9 publicaba las correspondencias diplomáticas que han mediado entre Inglaterra y España respecto á Marruecos, de las que resultaba que España declaraba que, una vez verificada la paz con Marruecos, no prolongaría la ocupacion de Tánger ni la de ningun punto del litoral africano que pudiera darla alguna supremacia en la navegacion del Mediterráneo.

El *Norte* de Bruselas publicaba un artículo bajo el título de «La España y la Inglaterra en Marruecos,» del que traducimos los siguientes párrafos:

«Si la España es tan débil y la campaña que emprende tan loca, ¿cómo la Inglaterra entera parece conmoverse hasta ese punto? La España ha recibido ofensas de los piratas de Marruecos, ofensas de que participa el mundo civilizado; pero que son mas sensibles para ella por la proximidad de sus posesiones africanas. Sus plazas han sido atacadas, sus intereses legitimos comprometidos, su bandera insultada. Segun la ley, cuyos preceptos se recuerdan, ¿no son estos los motivos de quejas mas legitimos? Y si estos motivos no traen la reparacion pedida, ¿no son la causa mas legitima para recurrir á las armas? ¿La Inglaterra ha dejado de usar jamás este derecho, aun en los casos que podria ser mas contestable y por las quejas mas triviales?

»Rehusar este derecho á la España como lo pretenden en este momento todos los periódicos ingleses, ó limitársele, segun lo entiende el Gabinete británico, ¿no es atentar á las prerogativas mas indiscutibles de su soberania?

»La España no se ha ligado las manos, como dicen los periódicos franceses. La Inglaterra habia pedido al gobierno español un compromiso escrito de que no ocuparia á Tánger mas que provisionalmente, y hasta la ratificacion del tratado de paz en caso de que los acontecimientos de la guerra le hicieran caer en su poder; pero no el pago de las indemnizaciones estipuladas. La España ha contestado que no tenia intencion de ocupar á Tánger definitivamente, que su ocupacion no seria mas que pasajera, y que no duraría mas que hasta el momento en que el tratado de paz fuese ratificado y las cuestiones existentes arregladas de un modo favorable, y por lo tanto definitivo. La Inglaterra habia pedido que no hubiera cambio alguno de posesion sobre la costa morisca del Estrecho, y principalmente que la peticion hecha por la España de algun territorio entre la fortaleza de Ceuta y las lineas de montañas que se hallan próximas, fuese abandonada, porque comprometia la libertad de la navegacion del Estrecho. La España ha contestado que la era «muy difícil determinar, ni aun aproximadamente, la naturaleza de las garantias que podrá verse en la necesidad de pedir para asegurar el resultado de las hostilidades; pero que sus intenciones eran siempre las mismas, de no ocupar ningun punto del Estrecho, cuya posicion fuese para dar á España una superioridad peligrosa para la navegacion»

»¿Cómo, pues, Tánger poseido y fortificado por la España pondria en peligro la libertad del Estrecho, peligro que, segun la Inglaterra, no le ofrece Gibraltar? ¿Es en nombre de los intereses generales y de la libre circulacion en el Estrecho, por lo que los ingleses piden que la España no

adquiera ningún territorio sobre la costa morisca? ¿Y Gibraltar? no amenaza siempre y mas gravemente estos intereses? La Inglaterra no puede hacer ningún argumento contra la posesión de Tánger ó de cualquiera otro punto de la costa marroquí por la España, que no se vuelva cien veces con mas energía contra su Gibraltar, y que no dé la razón á los publicistas que piden la demolición de esa fortaleza. No hay nada, ni aun las picantes burlas del *Times* que no se vuelva contra las pretensiones y las quejas de la Inglaterra. ¡Cómo! el Mediterráneo no es libre, la navegación del Estrecho está comprometida, el comercio de la Inglaterra amenazado y Gibraltar demantelado, si la España extiende sus posesiones sobre la costa occidental del Africa! Tánger, en manos de esta España tan pobre, tan desdenada y tan aturdida, anula esa posesión formidable que es en el centro de la Europa, el punto culminante del poder marítimo de Inglaterra, ¿y la Inglaterra que la ha sustraído á la España, no podría defenderla con sus flotas innumerables contra las barcas españolas? Vamos, esto no puede ser cosa seria. Así la España hace bien en no escuchar esos clamores, y puede estar segura de que en la campaña que emprende contra lo que resta de barbarie al norte de Africa, cuenta con las simpatías de la Europa.»

El ministro de Estado envió una circular á los representantes de S. M. en las córtes de Europa, en la que hacia la relacion de los ultrajes que la España habia recibido de los marroquíes, y de los esfuerzos del gabinete español para llegar á obtener una satisfaccion cumplida sin apelar á las armas: en dicha circular manifestaba cuáles eran las satisfacciones exigidas por el gobierno de S. M., y al mismo tiempo se quejaba de la mala fé del ministro marroquí, que en su contestacion á la última nota del cónsul español en Tánger, negaba todo lo que en un principio habia concedido esplicitamente, torcia el espíritu de las notas del cónsul español y desmentia lo que antes habia dicho, sobre haber recibido plenos poderes para arreglar las cuestiones pendientes con España. El ministro de Estado concluia manifestando el sentimiento del gobierno de S. M. al ver desvanecidas las esperanzas de un arreglo pacífico, y la necesidad en que se veia de declarar la guerra, apelando en este momento solemne al juicio de los gabinetes extranjeros, seguro de que en todos hallará la simpatía que inspiran la moderacion, la dignidad y la firmeza que ha procurado conciliar con la defensa del honor nacional ofendido, y de intereses legítimos; y por último, decia que cualesquiera que fuesen el término de las operaciones militares y la naturaleza de las garantías exigidas por el gobierno de S. M. para asegurar el éxito de aquellas, y evitar la repetición de los atentados cometidos contra sus plazas, el gobierno español, fiel á sus propósitos, respetará los intereses y los derechos de todos los pueblos, y no ocupará permanentemente ningún punto cuya posesión pueda proporcionar á España una superioridad peligrosa para la libre navegación del Mediterráneo.

El señor presidente del Consejo durante su viaje seguia recibiendo las mayores pruebas de simpatía en todas las poblaciones por donde pasaba.

Sería imposible hacer la enumeración de los donativos y ofertas hechas al gobierno en esta ocasion: los ayuntamientos, las corporaciones

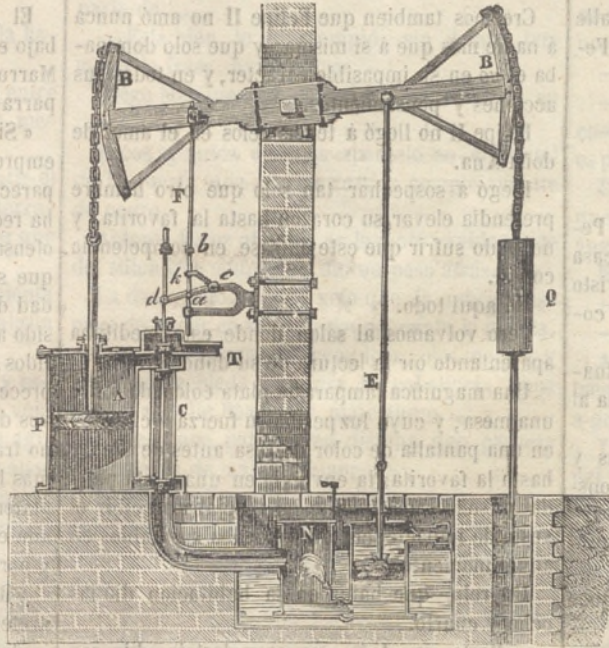


Fig. 5.ª — Máquina de simple efecto.

religiosas, las sociedades de todas clases y los particulares, han contribuido cada cual por su parte, tanto para asegurar la subsistencia para el resto de su vida á los soldados que se inutilicen en la guerra, cuanto para atender al sosten de las tropas y á la asistencia de los heridos. Son tambien innumerables los alistamientos voluntarios y los actos de rehusar la licencia los soldados cumplidos. En las oficinas de la *Correspondencia de España* se abrió una suscripción en favor de los soldados que se inutilicen en la guerra; hasta el día 29 de noviembre llevaba recaudados 9,449 rs. y 48 cs. entre Madrid y provincias.

Noticias de Ceuta manifestaban que 500 ó 600 moros procedentes de Angera y Tetuan se habian presentado hostilizando á la plaza con sus disparos. Tánger y otros puntos se fortificaban lo mejor posible, y las kabilas fronterizas á Melilla habian recibido orden de preparar inmediatamente raciones de pienso para la caballería mandada por el Scherif Sidi-Al-bad, gobernador de Grazán, que se dirigia á los pueblos inmediatos á la plaza. El brigadier Buceta, á consecuencia de la actitud belicosa de estas tribus, que confiadas en la insuficiencia de los medios de represion, parecian dispuestas á intentar nuevos ataques, pidió que se aumentara la guarnición que está á sus órdenes.

Las fuerzas navales que deben operar en la costa de Africa al mando del jefe de escuadra D. Segundo Herrera, se componian de cuatro buques de vela, seis buques de hélice, y diez vapores de ruedas, formando en todo un total de 327 cañones; además siete trasportes de vapor y tres de vela; cada transporte tiene de uno á cuatro cañones. Hay tambien una flotilla de 24 cañoneras, sin contar las que se han habilitado en la

Carraca, ni lanchas y bateas de desembarco, ni los muchos vapores fletados por el gobierno para el transporte de la tropa. Forman tambien parte de la division las embarcaciones de primera y segunda clase del resguardo marítimo.

El grabado representa nuestra escuadra en las aguas de Algeciras.

Tambien el gobierno prusiano designó la fragata *Gefion* para estacionar en la costa de Marruecos durante las hostilidades. Esta fragata es la misma en que iba el príncipe Adalberto cuando fué herido por los moros del Riff.

Entre tanto, el estado sanitario del ejército era bueno, habiéndose cantado el *Te Deum* en Algeciras por la desaparición del cólera. Hallándose ya reunido el material de guerra necesario para el primer cuerpo de ejército, se verificó el embarque de este al mando del general Echagüe; el desembarque se hizo sin novedad. La viñeta representa un soldado de caballería despidiéndose de su novia en el momento de marchar al Africa.

El 21 de noviembre el gobierno publicó un parte telegráfico en el que el general en jefe del ejército expedicionario decia al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, que el general Echagüe participaba que seguia en los trabajos de atrincheramiento el día 20, en las posiciones que habia tomado la víspera, y que el temporal era furioso.

Otro parte fechado en Cádiz el 21 daba cuenta de que en el reconocimiento verificado en el camino de Tetuan, se habian encontrado 2,000 bombas, en estado de servicio, las cuales fueron conducidas por mar á la plaza. El general Echagüe continuaba dicho día en su cuartel del Serrallo, ocupándose en construir un reducto sobre una altura que domina este punto. El día anterior habia sostenido una pequeña escaramuza contra los moros.

En la tarde del 22 los moros en número considerable atacaron dicho reducto, pero fueron victoriosamente rechazados habiéndoles ocasionado mucha pérdida. Nuestras tropas tuvieron siete muertos y treinta y nueve heridos; entre estos últimos tres oficiales. El ejército estaba animado del mejor espíritu y deseando batirse. Nuestras tropas dieron en esta accion una prueba verdadera de arrojo, rechazando á un enemigo muy superior en número y causándole, segun cartas de algunos oficiales que se hallaron en el combate, la pérdida de unos ochenta muertos y muchos heridos, que se apresuraron á recoger, aun en medio de un fuerte aguacero que descargaba en aquel momento y que impidió que el general Echagüe los persiguiese cuando se retiraban.

El 26 se recibió en Madrid la noticia de un combate mas importante que el anterior. Segun los partes oficiales, el día 25, los moros, en número de mas de 4,000, se iban reuniendo al frente del reducto, á vanguardia del cuartel general del Serrallo. El general Echagüe dispuso que el brigadier Sandoval saliera inmediatamente con el regimiento de Borbon, y una batería de montaña á colocarse en el boquete que hay entre dicho reducto y la Casa del Renegado, habiéndolo ne-

cho tan á tiempo, que el enemigo fué rechazado, no logrando su intento de interponerse entre el reducto y el cuartel general. El regimiento de Borbon y su brigadier se distinguieron por las dos cargas que dieron á la bayoneta; el general Echagüe se dirigió á aquel punto con dos batallones, porque conoció cuán importante era el conservarle. La brigada de vanguardia, al mando del brigadier Lassausaye, se batió en la izquierda del reducto con un éxito brillante. Las pérdidas de nuestras tropas fueron mas considerables que las de otros dias; pero las de los moros fueron mucho mayores aun, pues dejaron el campo sembrado de cadáveres. El general Echagüe elogiaba en este parte telegráfico el valor de todas nuestras tropas, con los oficiales y ayudantes, el del jefe de Estado Mayor y oficiales del mismo cuerpo que ejecutaron sus disposiciones en medio del fuego, y el acierto é interés del general Gasset.

En el número próximo daremos mayores detalles sobre esta accion tan importante.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion. — Véase el núm. 49).

Bueno es mencionar de paso, que los mapas que tenemos del pais argelino, son mayor parte imperfectos, y dejan mucho que desear. Por eso hemos incurrido en error algunas veces, sobre todo respecto las distancias. El comandante de una columna hará pues muy bien en preguntarles de su partida á todos los que puedan darle noticias exactas sobre el pais, y proveerle todos los documentos topográficos que pueda tener. Además, no debe descuidar tampoco hacer levantar minuciosamente el terreno de toda la marcha que recorre. A este efecto, podrá ser agregado á la columna un oficial de Estado Mayor, encargado del servicio topográfico.

Todo cuanto pueda interesar al paso de un ejército debe indicarse en estos mapas. Así, es preciso marcar con exactitud los desfiladeros, las lluras, las montañas, mamelones, lagos ó arroyos, los vivacs y sus alrededores, los sitios donde hay agua, ó donde ha podido haberla los años anteriores, los terrenos fangosos, y aquellos donde puede haber forraje. Estas cartas geográficas serán enviadas despues de la expedicion al depósito del ministerio de la Guerra, las duplicadas se enviarán al jefe principal de la subdivision, á fin de que puedan ser consultadas por los comandantes de las columnas que tengan que operar en el mismo pais.

El comandante de una columna debe comunicarle sus menores instrucciones, y dar parte de todos sus proyectos á su jefe de Estado Mayor. Es indispensable que este último conozca enteramente las distintas operaciones que debe hacer la columna, y el modo con que debe ser tratada á cada cual tribu, á fin de instruir de ello al oficial que reemplace al comandante de la columna, en el caso de que este muriese.

Para la organizacion de una columna, debe elegirse veinte ó treinta spahis de los mas inteligentes, que conozcan bien el pais donde debe operarse, y sobre todo aptos para prestar los importantes servicios que de ellos se espere, y que mas adelante indicaré. Llamaré á estos spahis exploradores.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Soldado de caballeria en el acto de despedirse de su novia.

SALIDA DE UNA COLUMNA.

Cuando una columna sale, bien de una ciudad, bien de un puerto de abastecimiento, la primera marcha debe ser una tercera parte mas corta que las que le sigan. La vispera ha sido dia de despedidas, muy pocos soldados han entrado en el cuartel: la disciplina ese dia se deja á un lado, porque saben muy bien, que sus jefes harán la vista gorda, como suele decirse. En efecto; preciso es ser indulgente con las ligeras infracciones, cuando pocos dias despues debe exigirse de estos valientes, marchas forzadas, y porque además, todo el que se atrase en la cantina, soportará sin murmurar las mayores privaciones.

La primera marcha debe, pues, ser corta, porque á despecho de todas las órdenes, y á pesar de la atencion que en ello ponen los oficiales, no se podrá nunca impedir que el soldado, que lleva en su saco diez dias de viveres y sesenta cartuchos, no cargue además con toda especie de comestibles: respecto á estos, los veteranos hacen como los conscriptos.

Todos se ponen en marcha cantando; si el paso de la columna no va arreglado, echan á correr. Ahora bien, si el primer dia emprendéis una marcha, aunque sea ordinaria, podeis estar cierto de que las ambulancias se verán llenas muy pronto.

Los soldados, que no se han acostado, y que todos han bebido inmoderadamente, se ven sobre-

escitados la mayor parte; es preciso absolutamente no cansarlos desde el dia de la partida; por este medio se habituarán los hombres á la marcha, y se podrá, en un caso dado, obtener de ellos marchas forzadas de dia y de noche, con frecuencia necesarias; pero en las que un jefe debe esforzarse en perder la menos gente posible.

Hay grandes inconvenientes para hacer marchar su tropa en una sola columna, á consecuencia de su profundidad demasado grande. En primer lugar, es muy raro que se llegue muy pronto al vivac; la tropa, desarrollándose como una serpiente, experimenta forzosamente grandes fatigas; la vanguardia se halla á gran distancia de la retaguardia: para estrechar se ve casi siempre esta última obligada á doblar el paso; cuando llega al campo, va estenuada. Se ha visto muchas veces que los primeros que se instalaban habian comido el rancho y estaban descansando cuando los otros se hallaban aun muy lejos. Un inconveniente mas grave resulta de este orden de marcha: como llegais con hombres estenuados, si algunas horas despues os veis obligados á hacer una marcha de noche (y el caso se presenta con bastante frecuencia), teneis al dia siguiente vuestras filas llenas de hombres que cojean, las ambulancias se llenan de enfermos, y podeis veros en la dura necesidad, no solo de retardar, sino de aplazar vuestras operaciones.

En una columna compuesta ordinariamente de cuatro ó cinco batallones, de 500 á 600 caballos, de una seccion de zapadores de ingenieros, de una seccion de artilleria de montaña, de una ambulancia y de un convoy siempre bastante considerable, puesto que debe llevar tres ó cuatro meses de viveres, debe arreglarse la marcha de este modo:

MARCHA EN TRES COLUMNAS.

Los 1.º y 2.º batallones que estaban llamados por su turno á marchar al frente de la columna forman la columna de la derecha; los 3.º y 4.º la de la izquierda. El 5.º batallon cierra la marcha, y compone la retaguardia, marchando á 50 metros de distancia de las tres columnas.

La columna del centro se compone, pues, de una seccion de ingenieros, que marcha á la cabeza, seguida de una compañía de cazadores. Esta compañía debe ser siempre la misma, no debe llevar saco ni hacer guardias.

Mas adelante diré cuál debe ser esclusivamente su empleo. En seguida deben venir la seccion de artilleria, la ambulancia, el tren de equipajes, los bagajes del Estado Mayor, los de los cuerpos, por orden de marcha, el convoy de viveres, y el de la administracion. Cierra la marcha el 5.º batallon que compone la retaguardia. Las tres columnas deben marchar uniformemente, á veinticinco pasos de intervalo; los de la derecha é izquierda formados por medias secciones. Los jefes de batallon deben arreglar las distancias de sus medias secciones, de modo que cubran la columna del centro. Las columnas de derecha é izquierda deben guiarse en el centro por la direccion que hay que seguir. El oficial que se halla al frente de esta columna debe guiarse por el ofi-

cial de Estado Mayor, que va á veinticinco pasos, al lado del abanderado. Este, que es el guía de la columna, debe marchar delante, lo mas recto que le sea posible, para evitar que la columna serpente, lo que aumentaria mucho la fatiga.

PASOS DE OBSTÁCULOS Y DESFILADEROS.

Cada vez que un paso ó un desfiladero os impida pasar en tres columnas, la de la derecha toma la cabeza seguida por la del centro, despues por la de la izquierda, y en fin, por la retaguardia. Así se continuará marchando hasta el toque de parada. Entonces, si el terreno lo permite, la columna del centro y la de la izquierda continúan marchando hasta que hayan llegado á la altura del frente de la columna de la derecha, para volver á tomar su primer orden de marcha.

Cuando se llega á un terreno difícil, ó á la entrada de un desfiladero, la seccion de ingenieros, protegida por la compañía cabeza de columna, marcha doscientos pasos para servir de vanguardia y hacer desaparecer los obstáculos.

En los países montañosos, donde se encuentran sin cesar desfiladeros, donde la columna, no pudiendo marchar sino en una sola fila, se despliega en gran profundidad, debe ser protegida así.

En el momento en que la cabeza de la columna llegue á un desfiladero, los dos batallones que formaban la columna de la izquierda marcharán adelante escalonándose por compañías, media compañía ó seccion, de modo que cubran, tanto á derecha como á izquierda, las alturas del desfiladero hasta una legua.

Luego que los escalones hayan sido colocados por el comandante mismo, debe ponerse en marcha. La columna se adelantará así como en un cajon que la protege, y la cabeza deberá detenerse á la altura del primer escalon; entonces se estrechará en masa. El comandante de estos dos batallones, que ha permanecido en el último escalon, los irá reuniendo á todos á medida que la cola de la columna haya ido pasando.

Despues empleará el comandante otros dos batallones, y así los demás, hasta que se hayan salvado los pasos peligrosos.

Si los mismos escalones protegiesen largo tiempo á la columna, tardarian muy poco en verse estenuados; los barrancos que atravesar, las montañas que subir, pronto los pondrian fuera de servicio, y la marcha se veria mucho mas atrasada.

FLANQUEADORES.

En tiempos de paz como de guerra, es preciso marchar siempre como en pais enemigo: 1.º para que la tropa no deje de habituarse á este orden de marcha; 2.º porque no debe contarse nunca con los árabes, puesto que la primera aparicion de un cherif puede sublevar en poco tiempo la comarca mas tranquila. En consecuencia, las columnas de derecha é izquierda deben enviar sus flanqueadores á ciento cincuenta pasos de sus flancos, y sus tropas de sosten hallarse entre ellas y los flanqueadores. En el paso de un desfiladero, los flanqueadores entran en sus batallones.

En cuanto á la caballeria, indicaré su marcha en el capitulo que concierne á este arma.

(Se continuará.)

SECCION RELIGIOSA.

LA LEYENDA DE SAN CRISTÓBAL.

Habrán visto cuantos de nuestros lectores han visitado las catedrales é iglesias mas antiguas y célebres de España, que en todas ellas, en las paredes, se encuentra pintado el cuadro colosal de san Cristóbal, siendo la tradicion constante la de que cuantos veian aquella santa imágen, se hallaban libres durante el día de toda clase de accidentes. Así decian, que los que habian visto á san Cristóbal caminaban con toda seguridad, y hasta se formó un adagio latino concebido en estos términos:

Christophorum videas, postea tutus eas.

Así nuestros padres, en los hermosos siglos de la fé, en esa edad media tan fecunda en grandes resultados religiosos, y á que se deben esos grandes templos, monumento y orgullo de las artes, iban todas las mañanas á postrarse ante el buen santo y el niño Jesus. Para que de todas partes del templo pudiese verse cómodamente, le dieron las dimensiones colosales que aun admiramos en dichas iglesias.

Hemos procurado examinar lo que hay acerca de san Cristóbal, y hemos encontrado, fundado en las tradiciones y en los documentos, lo que vamos á referir á nuestros lectores.

En los tiempos del emperador Diocleciano vivia en la Siria un gigante de formidable estatura y terrible aspecto. Cuentan los legendarios que era de altura de doce codos; guerrero, intrépido, firme, altivo y orgulloso con su gigantesca estatura y su fuerza sobrehumana. Sus nervudos brazos desarraigaban las encinas, y su puño de hierro derribaba un toro de un solo golpe. Su rostro era rudo, grosero; tenia, sin embargo, un buen corazon, como sucede muchas veces á los fuertes, y un reflejo de benevolencia iluminaba algunas veces aquellas austeras facciones.

No conocemos este gigante sino bajo el nombre de Cristóbal, y se verá con qué motivo tomó este nombre. Antes se llamaba, segun unos, *Offerus*; segun otros, *Reprobus*.

Cierto día, y aqui comienzan sus aventuras, se hablaba delante de él de los poderes de la tierra, y exclamó que no obedeceria en lo sucesivo sino al principe mas fuerte del mundo, y fué á ofrecer sus servicios á un temible jefe que dicen reinaba en Damasco. Encantado el principe, le recibió con grande alegría, y desde aquel dia no se separó de su lado el gigante. Ora se dedicase el principe á los placeres de la caza, ora saliese á batallar, le llevaba siempre consigo, porque era su mas fiel servidor.

No era, sin embargo, la adhesion la que guiaba á aquel hombre, y á pesar del buen trato que recibia del principe, no se unia á él sino por la idea de que servia al mas grande potentado del mundo.

Habiendo observado que cuantas veces se hablaba del diablo delante de su amo, aquel principe, que era cristiano, se apresuraba á santiguarse; Réprobo le preguntó con altivez la causa, y como no le respondiese, le dijo:

—Si no me la decis, os abandono.

—Pues bien, replicó el principe, hago la señal de la cruz para alejar de mí al diablo.

—Luego, dijo Réprobo, tenéis miedo al diablo.

—Seguramente.

—Con que el diablo es mas poderoso que vos.

—Incomparablemente.

—En ese caso, á él es á quien voy á servir.

Y se marchó bruscamente en busca de su nuevo amo.

Corrió algunos dias por bosques y valles, preguntando por el diablo en todas partes. Si llamaba á una cabaña, si encontraba la hospitalidad en alguna piadosa mansion, no era la onda pura que refrescaba los labios del viajero, el reposo que le hace olvidar sus fatigas, el alimento que reanima sus fuerzas, el diablo era lo que pedía que le enseñasen inmediatamente. Y al oír estas palabras, en todas partes se asustaban; los chiquillos ocultaban sus rubias cabezas en el seno de sus madres; las madres se volvian de espaldas santiguándose, y los ancianos levantaban los ojos al cielo. Las formas colosales del gigante tomaban entonces para ellos una espresion terrible y sobrenatural; creian todos ver en aquel gigante un encantador, algun mal genio, y se arrepentian de haberle abierto su puerta y ofrecido la hospitalidad. El gigante volvía á coger su palo y se marchaba á otra parte, preguntando por el diablo al eco de los valles y al suelo de las cabañas.

No habia corrido mucho tiempo cuando divisó en el campo una bandada numerosa de guerreros negros y determinados, mandados por un jefe, cuyos ojos lanzaban llamas, y se dirigió hacia ellos. El jefe le preguntó á donde iba.

—A buscar al diablo, dijo el coloso.

—Yo soy, replicó el jefe negro, no pases adelante.

Entusiasmado el gigante, se inclinó, salud respetuosamente y se puso á seguir á su nuevo amo.

No tardó en maravillarse de su poder, de los prodigios que le veia hacer; y no pensaba en contrar jamás otro mejor en su actual condicion cuando un día distinguió una cruz en una plazuela que formaba cuatro caminos.

En cuanto el diablo la divisó á lo lejos, se vio con aire asustado, se separó del camino echó á correr á campo traviesa por en medio los abrojos y de las piedras, llevando consigo toda su escolta, y no volviendo á entrar en el camino trillado sino despues de dar un largo rod para salvar el sitio donde se hallaba la cruz.

Asombrado Réprobo, preguntó á su amo por qué se habia tomado toda aquella fatiga.

—Es la vista de esa cruz, respondió Satans, que me recuerda el que en otro tiempo he sido vencido sobre un madero cortado en esa misma forma.

—¡Vencido! dijo el gigante. ¿Y por quién?

—No me obligues á pronunciar ese nombre.

—Lo exijo, ó me marchó.

—Pues bien, por Jesucristo, dijo el diablo haciendo un gesto terrible con una nerviosa contraccion.

—Luego Jesucristo es mas poderoso que vos.

—No puedo negarlo; es la misma omnipotencia.

—Bueno, añadió el gigante; y yo os servia con la mayor confianza; pero pertenezco ya al que es mas fuerte que vos.

Acto continuo, á pesar de todas las seducciones que puso en planta el diablo, el gigante se puso á buscar al vencedor del infierno, preguntando á cuantos encontraba á su paso, sin que nadie, durante muchos dias, pudiese darle noticias, porque se hallaba en tierra de paganos.

Atravesando cierto dia un espeso bosque, buscando siempre á quien dirigirse, no veia á lo lejos mas que soledad y silencio, cuando por entre los árboles percibió en un hueco de una roca una gruta salvaje, entapizada de hojas, y de rodillas sobre el verde césped, un anciano ermitaño en oracion. Dirigióse hácia él: el anciano le oyó y se levantó. Mientras Réprobo miraba con veneracion aquella frente calva y radiante, aquel ojo tranquilo y puro, aquella luenga barbablanca, las facciones ásperas y el gigantesco cuerpo del extranjero inspiraron al solitario una especie de terror. Animóse, sin embargo, y le dijo:

—Hijo mio, ¿qué venis buscando á estos desiertos?

—Padre mio, respondió el gigante, quisiera un guia que pudiera llevarme á donde está Jesucristo, porque es á él solo á quien quiero servir. Y contó al hombre de Dios la historia de sus aventuras. Cuando hubo terminado, el ermitaño le cogió por la mano, le hizo dar una vuelta por su gruta, le mostró la estera que habia tejido él mismo; un pan negro, colocado sobre un poyo de tierra; unas cestas de mimbrés, trabajo de sus vigilias; un crucifijo colgado en la pared, y despues le hizo locar un cilicio que cubria sus carnes y le dijo:

—Como yo, hijo mio, vive del pan y del agua; ora vela, trabaja con tus manos, lleva un cilicio y Jesucristo te se dará á conocer.

Réprobo, retorció sus nerviosos brazos, y agitó sus músculos como para decir: todo eso para mí es muy difícil.

El santo anciano le comprendió.

Cogiéndole todavia otra vez por la mano le hizo subir con él sobre la cumbre de la colina, y mostrándole á sus piés al lado opuesto las espumosas aguas de un torrente:

—Ves, le dijo, esas olas desencadenadas y mugientes han arrastrado muchas víctimas; haz voto de pasar al otro lado, por el amor de Dios, á cuantas personas te se presenten; y á este precio podrás conocer á Jesucristo.

—Lo haré, dijo el gigante.

Y se fué á la orilla del rio. Allí se arregló una cabaña, donde vivia pobremente, orando, como le habia ordenado el ermitaño, llevando sin descanso á las personas de una orilla á la otra, sostenido solamente de un árbol en forma de cayado, que le servia de palo.

Añaden algunos tambien, que habia hecho de su cabaña una especie de hospital donde cuidaba los enfermos.

Una noche que el gigante dascansaba en su cabaña, oyó la voz de un niño que le suplicaba viniese á pasarle á la otra orilla. Habiendo salido y no viéndolo á nadie, creyó que habia soñado, y se volvió á su cabaña. La misma voz le volvió á llamar otras dos veces, y no se desanimó. Volvió á salir, y vió, por último, un niño de la mas grande hermosura que le suplicaba le pasase al otro lado. Hallábase el cielo cubierto de sombrías nubes, un impetuoso viento levantaba las olas; no vaciló sin embargo; cargó dulcemente al tier-

no niño sobre sus espaldas, y provisto de su báculo entró en el torrente.

A medida que iba adelantando en él, las aguas se iban ensanchando y subiendo con estrépito horrible; los vientos silbaban y azotaban las olas; el fondo del torrente parecia agitarse; y al mismo tiempo el niño pesaba de tal manera sobre sus hombros, que se sentia casi próximo á sucumbir bajo aquel peso sobrenatural.

Sorprendido, turbado, asustado, por la primera vez de su vida, con gran pena logró ganar la otra orilla, donde colocó en el suelo al niño.

—Niño, le dijo, me habeis puesto en gran conmocion.

¿Quién podeis ser? Aun cuando yo hubiera tenido todo el mundo sobre mis hombros, no me hubiera pesado mas.

—Has llevado no solamente el mundo, dijo el niño, sino á quien ha creado el mundo. Soy Jesus, á quien servís. En testimonio de esto, al volver á la otra orilla planta tu palo delante de tu choza, y mañana será un árbol florido.

Dichas estas palabras, desapareció el niño.

El gigante lleno de alegría y de luz volvió á pasar el torrente, entonces tranquilo y con limpidas aguas; plantó su palo á la puerta de su cabaña, y á la mañana siguiente vió que se habia convertido en una esbelta y hermosa palmera cubierta de dátiles.

Corrió á arrojarse á los piés del ermitaño, y pidió el bautismo. Recibió el nombre de *Cristóbal*, que significa *portador de Jesucristo*. Por eso este buen santo ha sido representado siempre con el niño Jesus sobre los hombros.

Y estos honores fueron merecidos, como observa la leyenda, porque san Cristóbal llevaba á Nuestro Señor de cuatro maneras: sobre sus hombros, por la sumision; en su corazon, por la maceracion; en su espiritu, por la devocion, y en su boca, por la predicacion.

Dagnus, principe de Licia, habiendo sabido que el gigante habia abrazado la religion cristiana, tomado el nombre de Cristóbal y predicado la religion de Jesucristo, quiso hacerle arrestar. No era cosa fácil; doscientos arqueros no pudieron conseguirlo; empero Cristóbal, de buen grado y voluntariamente, se dejó atar las manos á la espalda, y se fué con ellos á la córte. Por el camino convirtió á la fé á los que le llevaban prisionero, y se presentó ante el rey, que le hizo encarcelar así como á sus arqueros.

Se dice que por hacer la córte y adular al principe pagano, uno de sus cortesanos se hizo subir sobre una escalera y dió un bofetón al gigante. Cristóbal se contentó con decirle:

—¡ Ah! si yo no fuese cristiano!.....

Despues se regocijó en su corazon, pensando que habia sido tratado como lo habia sido su divino maestro.

El tirano le hizo sufrir diferentes suplicios, que no pudieron ni triunfar de su constancia, ni alterar su valor.

En medio de estos padecimientos, veia con los ojos del alma al santo niño Jesus prepararle una radiante corona.

Reconociendo Dagnus que la humilde perseverancia de Cristóbal convertia mucha gente, (cuentan que sus palabras convirtieron ocho mil personas) resolvió, por último, darle la muerte. Mandó á mil arqueros de su guardia

que tirasen sobre él sus flechas. Cristóbal las recibió permaneciendo en pié. Habiéndole dado una de estas flechas en la frente, rebotó y fué á sacar un ojo al tirano.

—Principe, le dijo el coloso entonces, no podeis curar vuestro ojo sino lavándole en mi sangre.

Dagnus fuera de sí hizo cortar la cabeza á Cristóbal, y apenas se habia frotado su ojo con un poco de la sangre del mártir cuando recobró la vista. Este milagro trastornó su rebelde alma; conoció la verdadera luz de la fé; se declaró cristiano, hizo pedazos los ídolos, y él mismo predicó á su pueblo la fé de Jesucristo.

Esto es cuanto se encuentra en la tradicion y en las leyendas antiguas acerca de san Cristóbal.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

MAQUINAS DE VAPOR.

(Conclusion. — Véase el n.º 49).

La máquina de vapor, cuya descripcion detallada hemos dado á nuestros lectores, es llamada *máquina de doble efecto*, porque en ella el vapor obra sobre las dos caras del émbolo. Por el contrario, se llaman *máquinas de simple efecto*, aquellas en que el vapor únicamente obra sobre la cara superior del émbolo, verificándose el ascenso de este mediante la accion de un contrapeso colocado en la otra estremidad del balancin.

Estas máquinas, que apenas sirven hoy dia, fueron en un principio aplicadas, especialmente por Watt, al movimiento de las bombas que se empleaban en el desagüe de las minas. En este caso son preferibles, por su sencillez, á las máquinas de doble efecto, y asi es que aun se emplean en el condado de Cornwoallis, en Inglaterra.

Para que los lectores de este SEMANARIO tengan tambien conocimiento de esta última clase de máquinas de vapor, acompaña á estas lineas la *figura 5.ª*, que es la que trae como ejemplo la citada obra de fisica, de Mr. Ganot, de donde copiamos el párrafo en que espone su explicacion.

«El balancin BB es de madera; véñese en su estremidad unos arcos de circulo, en los cuales se arrollan dos cadenas atadas, la una al vástago del émbolo P, que recibe el vapor, y al tallo de la bomba de desagüe la otra. A la derecha del cilindro A está la caja de distribucion C, á la cual llega el vapor de la caldera por el tubo T. Un tallo *d* lleva tres válvulas *m*, *n*, *o*; la *m* y la *o* se abren de abajo arriba, y la *n* de arriba abajo.

«Estando abiertas las válvulas *m* y *o*, conforme lo indica el grabado, llega de lleno el vapor de la caldera, por el tubo T, al émbolo P, mientras que el que se encuentra debajo, ya al condensador N por el conducto M; y entonces descende el émbolo. La varilla que lleva las válvulas *m*, *n*, *o*, está en relacion con una palanca angulosa *dck*, móvil sobre una charnela *c*. Esta palanca angulosa es la que hace abrir y cerrar las válvulas. Al efecto, una varilla F, fija en el balancin, lleva dos topes *a* y *b*, por medio de los

cuales choca con la estremidad *k* de la palanca angulosa. En nuestra figura, por efecto de la disposición de las válvulas, baja el émbolo y con él la varilla *F*; de consiguiente, el tope *b* hiere la palanca y la hace descender al mismo tiempo que el tallo *dno*, cerrándose entonces las válvulas *m* y *o*, y abriéndose la *n*. Al llegar este momento se interrumpe toda clase de comunicacion con el condensador; pero el vapor, que acaba de hacer descender el émbolo, pasa libremente debajo por el conducto *C*. Como entonces impele por igual las dos caras del émbolo, queda en equilibrio, subiendo de nuevo el émbolo, en virtud de la atraccion que ejerce el peso *Q*; todo lo cual requiere poca fuerza, porque la bomba de desagüe, cuyo eje se fija en el peso *Q*, solo exige esfuerzo cuando sube su émbolo. En el momento en que el piston *P* llega á la parte mas alta de su carrera, el tope *a* choca á su vez contra la palanca *k*, levanta el tallo *dno*, y el vapor acciona de nuevo sobre el émbolo, el cual principia á descender, y así sucesivamente. Tal es una máquina de vapor de simple efecto.

Además de la anterior division de las máquinas de vapor en máquinas de *doble* y de *simple efecto*, se dividen tambien de otras varias maneras.

1.º Máquinas con *condensador* ó sin él: las primeras son las que tienen el aparato en que hemos visto que puede verificarse la licuefaccion del vapor despues de haber obrado sobre el émbolo; y las segundas, las que carecen de este aparato, como sucede en las locomotoras.

2.º Máquinas con *expansion* ó sin ella: cuando el vapor funciona de lleno sobre el émbolo durante toda la carrera, no varia su fuerza elástica, y se dice que el vapor obra *sin expansion*; pero si merced á una adecuada disposicion de la corredera, cesa de llegar vapor sobre el émbolo, cuando se encuentra este no mas que á los dos tercios ó á los tres cuartos de su trayecto, entonces es *con expansion*; es decir, en virtud de su fuerza expansiva, debida á su alta temperatura, continúa obrando sobre el émbolo, y así le obliga á acabar de recorrer su carrera. De aquí la distincion que se ha hecho de máquinas *con expansion* y máquinas *sin expansion*.

3.º Máquinas de *baja*, *media* y *alta presion*: las de *baja presion* son aquellas en que la tension ó fuerza elástica del vapor en la caldera no llega á dos atmósferas. (Se dice que la tension ó fuerza elástica de un vapor es de una atmósfera, cuando ese vapor puede hacer subir una columna de mercurio en un tubo *vacío*, á la altura de 0,76 metros, ó sean 28 pulgadas, que es la altura á que ordinariamente hace subir la atmósfera la columna de mercurio del barómetro; cuando la tension del vapor es doble, triple, etc., de esa fuerza, se dice que la tension del vapor es de 2, 3, etc. atmósferas); máquinas de *media presion*, son aquellas en que la tension del vapor varia entre dos y 4 atmósferas; y por último, las máquinas de *alta presion* son aquellas en que la fuerza elástica del vapor es superior á 4 atmósferas, habiéndose presentado ocasiones, particularmente en América, de haber llegado esta fuerza elástica á 10 y 12 atmósferas.

Como tambien se clasifican las máquinas de vapor, diciendo: máquinas de 300 ó de 400 caballos, etc., necesitamos explicar aquí lo que se entiende por *caballo-vapor*.

En mecánica aplicada, se entiende por *trabajo mecánico* de un motor, el producto del esfuerzo que ejerce por el camino recorrido por este, y se toma como unidad de trabajo mecánico el *kilogrametro*, ó sea el trabajo necesario para elevar un kilogramo á un metro de altura en un segundo.

En la medida del trabajo de las máquinas de vapor, sirve de unidad el *caballo-vapor*, que representa el *trabajo necesario para elevar 75 kilogramos á un metro de altura en un segundo*, es decir, que equivale á 75 kilogrametros. De consiguiente, una máquina de 40 caballos es la que puede elevar de una manera continua 40 veces 75 kilogramos, ó 3,000 kilogramos á un metro de altura en un segundo. El trabajo de un *caballo-vapor* es casi doble del de un caballo ordinario de tiro.

Tambien se diferencian las máquinas de vapor por el número de los cilindros. En general no tienen mas que uno, pero hay algunas máquinas que tienen dos. Estas se llaman máquinas de *Wolf*, nombre de su inventor.

En estas máquinas el vapor obra simultáneamente sobre los dos émbolos; sobre uno de lleno, y sobre otro con *expansion*. Desde el principio al fin de la carrera de los émbolos, los esfuerzos sobre el balancin varian en la relacion de 20 á 7,2 ó de 2,78 á 1; mientras que en una máquina de la misma clase con un solo cilindro, la relacion es de 5 á 1.

V.

En todo lo que hasta ahora llevamos dicho, hemos supuesto que el vapor que trasmite su fuerza al émbolo es el vapor de agua. Este es, en efecto, el que mas se emplea, el único, podemos decir, que en la práctica se utiliza. Hay, sin embargo, otras muchas sustancias que, reducidas al estado de vapor, pueden producir los mismos efectos que el vapor de agua. Siempre que nosotros conozcamos: 1.º la temperatura de ebullicion de una sustancia, es decir, el grado de calor que necesita para reducirse á vapor; 2.º su calor específico, es decir, la cantidad de calor que esta sustancia absorbe cuando se eleva su temperatura de 0º á 1º; 3.º su calorico latente de vaporizacion, y 4.º la densidad del vapor de esta sustancia, podremos constantemente determinar la cantidad de calor que necesita absorber esta sustancia para formar un volumen dado de vapor, y por consiguiente, conocer la ventaja que pueda proporcionar el empleo de este vapor como fuerza motriz, refiriéndonos á la cantidad de combustible consumido.

De las sustancias que se han sometido á este estudio, ha resultado que pueden emplearse como fuerza motriz los vapores del agua, alcohol, éter sulfúrico, esencia de trementina, aceite de nafta, sulfuro de carbono, amoniaco y ácido carbónico.

Hasta ahora con buen éxito no se ha empleado mas que el vapor de agua. Sin embargo, los últimos ensayos de Ericson para construir máquinas de aire caliente, y sobre todo los de Mr. de Tremblay, para establecer máquinas binarias, en las cuales el vapor de agua se utiliza, despues de su accion sobre un émbolo, para vaporizar otro líquido cuyo vapor obra sobre un segundo émbolo, parecen haber dado algunos resultados.

La máquina de Mr. de Tremblay es la siguiente. Despues de haber obrado el vapor de agua sobre el primero de los émbolos, pasa á un condensador de Hall, que consiste en una capacidad cerrada y atravesada por una multitud de tubos que contienen el segundo líquido cuyo vapor queremos emplear. Este líquido debe reducirse á vapor á una temperatura lo mas baja posible é inferior siempre de 72º; no debe descomponerse antes de 110º ó 120º, ni atacar los metales que constituyan la máquina y dar lugar de esta manera á la formacion de mezclas inflamables y que puedan causar esplosion.

El cloroforno aplicado por Mr. Lafond, y el cloruro de carbono, empleado por primera vez en Lóndres por Mr. de Tremblay, satisfacen á todas las condiciones que acabamos de mencionar. El éter sulfúrico es mucho mas preferible; pero como no llena la última de las condiciones, no se le deberá dar la preferencia sino cuando se puedan tener las máquinas aisladas.

En una de estas máquinas, de 25 caballos, trabajando 12 horas al dia, se ha visto que en 18 meses, la pérdida de cloruro de carbono no ha sido mas que de $\frac{3}{4}$ de litro al dia. Este líquido no cuesta mas que 8 ó 9 reales el litro.

Vamos ahora á dar una idea de los precios de las máquinas de vapor, como hicimos con las calderas. En Paris las máquinas que mas se construyen son las de alta presion, con *expansion* y sin condensador. Su precio era hace algunos años para fuerzas inferiores á 20 caballos, de 1,000 francos por caballo, mas 3,000 ó 4,000 francos por la máquina; de manera que siendo *n* el número de caballos de fuerza de la máquina, el coste total de esta era 1,000 (*n* + 3) ó 1,000 (*n* + 4).

En este precio estaba comprendida la caldera, pero no la de repuesto ni un tubo de 5 metros de longitud. El constructor no proporcionaba tampoco mas que el operario que dirigia la colocacion de la máquina; todos los demás gastos de esta operacion eran de cuenta del propietario.

Para máquinas de fuerza superior á 20 caballos, no habia precio corriente. Tampoco tienen precio determinado las máquinas con condensador; son mas caras que las otras, aunque á fuerza igual de máquina, la caldera resulte mas barata.

Las máquinas de dos cilindros variaban tambien hace algunos años entre 1,800 y 2,000 francos por caballo; su precio de hoy es de 1,200 á 1,400 francos.

Cuenta de compra y colocacion de una máquina de vapor de la fuerza de 20 caballos, de dos cilindros, y con condensador, y de todos sus accesorios.

	Francos.
Coste de la máquina y de su caldera.	25,000
Trasportes, gastos menudos y colocacion.	1,000
Fogon y chimenea de ladrillo de 23 metros de altura.	5,000
Habitacion de la máquina, cimientos, pozos, etc. (término medio).	6,000
Coste de una segunda caldera y sus accesorios.	4,000
Construccion del fogon de la segunda caldera.	1,500
Total.	42,500

Si la máquina tuviese un solo cilindro, el gasto disminuiría en 2,500 francos próximamente.

Para concluir, diremos que la importancia de las máquinas de vapor queda demostrada con el siguiente dato numérico. A fines del siglo último las máquinas de vapor que trabajaban en Europa serían unas 100 próximamente; pero al finalizar el primer tercio del siglo actual se calculaba su número en 200,000 con una potencia representada por un esfuerzo de 4,000,000 de caballos!

X. Y. Z.

CRÓNICA ESTRANJERA.

El *Times* dice que las relaciones entre Francia é Inglaterra son de día en día menos íntimas. El *Morning-Post*, por su parte, da una noticia que revela con toda claridad cuán grande es el temor que cunde en Inglaterra, de una invasión por parte de la Francia: esta noticia es que el arsenal y laboratorio de Woolwich, el gran arsenal y el gran depósito de artillería de Inglaterra, serán alejados de dicha ciudad, por no creerla segura en caso de invasión. Vuelven, pues, á estar á la orden del día los temores de rompimiento con Francia.

Por lo demás, bien puede decirse que la prensa inglesa, en general, empieza nuevamente á recelar de las intenciones ulteriores de la Francia, á pesar del acuerdo que, según se dice, existe entre ambas naciones, acerca de la formación del Congreso europeo encargado de negociar la paz, y en la cuestión pendiente con la China. Lo cierto es que en toda Inglaterra continúa con gran actividad la organización y el aumento de los cuerpos voluntarios, de los cuales puede asegurarse que en un breve plazo podrá contar dicha potencia con un número muy respetable de hombres instruidos en el arte de la guerra.

Una diputación toscana enviada por el jefe del gobierno de Florencia, llegó días pasados á Turin para protestar contra el nombramiento de M. Buoncompagni para la regencia de la Italia Central. Esta diputación debió haber sido recibida, no por el rey, sino por el príncipe de Carignan. La Toscana ha sido, pues, el único Estado de la Italia Central que no se ha adherido á la elección propuesta por el espresado príncipe; elección que las asambleas de Parma, Módena y Bolonia se proponían, según dice el *Norte*, ratificar desde luego.

Dícese que Víctor Manuel ha escrito á Napoleón que, con la designación de Buoncompagni para regente, no tuvo otra intención que la de responder á una cuestión de orden público, allí donde las eventualidades revolucionarias amenazan comprometer la causa de la libertad italiana; pero que él, como el emperador de los franceses á el de Austria, desea y está de acuerdo en reservar al Congreso de Europa la plenitud de su competencia.

De Marsella escriben que el embarque de las tropas francesas destinadas á la expedición de China, se verificará en el puerto de la Joliette, y que, según los preparativos, se cree generalmente que se realizará mas pronto de lo que se pensaba.

La dimisión de Garibaldi ha producido manifestaciones populares en Bolonia; pero la Guardia nacional dispersó las turbas. Garibaldi ha dicho, para calmarlas, que se retira del servicio militar, pero que volverá al combate si Víctor Manuel llama á las armas.

Créese que Buoncompagni será aceptado al fin por Luis Napoleón, bajo el supuesto de que se dejen intactas las cuestiones al Congreso.

En París ha llamado mucho la atención pública un tremebundo artículo de la *Patrie*, periódico semi-oficial, contra el *Times*, al cual apellida *insultador en jefe de la prensa europea*. Es de advertir que las provocaciones del periódico inglés sobre la actitud, en su concepto belicosa de la Francia contra la Inglaterra, no han podido ser mas groseras, habiéndose atrevido á estampar estas descomedidas frases:

«Nuestros vecinos miran la guerra contra nosotros como cosa inminente, y su ejército espera que el saqueo de un país, cuya riqueza no tiene igual, recompensará su valor y satisfará su codicia.»

Basta esta muestra del lenguaje del *Times*, para comprender y justificar la indignación de los periódicos franceses. Preciso es confesar que si la política inglesa va desprestigiándose y haciéndose de día en día mas odiosa, la prensa británica, espresándose como lo hace respecto de la Francia y de España, á propósito de la guerra de Marruecos, se está cubriendo de descrédito, y por momentos se enajena toda simpatía digna de estimación.

El general Martimprey, que acaba de hacer una campaña tan rápida como feliz en la parte del territorio marroquí, colindante con Marruecos, ha sido llamado á París por Luis Napoleón. La ciudad de Ouchda ha pagado una fuerte contribución de guerra, como justo castigo por las depredaciones y rapiñas á que los marroquíes se entregaron en los establecimientos franceses de la Argelia. El cadí de dicha ciudad fué preso y conducido á Tanger.

Hay divergencia de opiniones en cuanto á la fecha de la reunión del Congreso, pues mientras unos creen que tendrá lugar el 15 del corriente, otros aseguran que no se verificará hasta el día 1.º de año nuevo.

El *Monitor* publicó uno de estos días una nota en que dice que de las esplicaciones dadas por la Cerdeña, resulta que la delegación conferida á Buoncompagni no tiene, en manera alguna, el carácter de una regencia, y que su objeto es, únicamente, mantener el orden, sin que prejuzgue en manera alguna las cuestiones reservadas al Congreso.

Además de esta nota, el periódico oficial del vecino Imperio insertó un decreto que prescribe la restitución de las presas austriacas que no habían sido objeto de juicio cuando los preliminares de Villafranca.

El rey de Cerdeña ha nombrado al marqués de Villamarina gobernador de Milan, y al caballero Desambrois embajador en París.

Sigue el pánico en Inglaterra: dice el *Times* que el gobierno ha decidido aumentar el ejército con la formación de nuevos batallones en treinta y cinco regimientos.

El *Morning-Post* vuelve á ocuparse de la situación de Francia é Inglaterra, y espresa la opi-

nion de que los proyectos de invasión atribuidos á la primera, no tienen sombra de fundamento. A pesar de esto, dicho periódico opina que la Inglaterra debe ocuparse activamente en su defensa, y dice que es preciso que se arme sin descanso, porque así lo exige la fuerza de las cosas. ¿Puede concebirse contradicción mas ridícula que la en que incurre, racionando así, el órgano de lord Palmerston?

Para colmo de contradicción, el *Times* dice que lord Cowley, embajador de Inglaterra en París, habia llegado á Londres para entenderse con su gobierno acerca del desarme simultáneo de la Francia y la Gran-Bretaña. Por fin, el mismo *Morning-Post* dice que el aumento de batallones en Inglaterra no afecta la paz general, y que ha sido decretado en virtud de las necesidades de la India y la China.

Dejando á un lado comentarios y reflexiones sobre el particular, lo que de todo esto se desprende es, que al otro lado del canal de la Mancha reina, valiéndonos de las palabras de Rebolledo, en la zarzuela titulada *los Diamantes de la Corona*, un miedo de primera calidad.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—Se ha publicado una real orden previniendo á los gobernadores civiles de las provincias, que procedan á la averiguación y captura de los perpetradores de un delito cometido en las líneas telegráficas de Andalucía y Valencia.

—De real orden se ha dispuesto que por ahora, en el ferrocarril de Almansa á Játiva, rija la tarifa aprobada para los de Madrid á Almansa por la ley de 19 de junio de 1859, previniendo á la empresa concesionaria que active la remisión de los datos y documentos que se le han pedido para terminar la tarifa definitiva.

—Por real orden de 17 del corriente mes se ha declarado prohibida en todo tiempo, la caza con reclamos machos, tanto en propiedad particular, como en la de propios y comunes de los pueblos, de conformidad con el dictamen del Consejo de Estado, y considerando que en la ordenanza de 1772 se prohibe por punto general el cazar con perdices de reclamo, lazos y demás instrumentos que destruyen la caza; que por real cédula de 3 de febrero de 1801, se prohibió á toda clase de personas el tener en ningún tiempo del año esta clase de perdices; que por la ley de 3 de mayo no se derogaban las ordenanzas anteriores, y en vista de otras consideraciones que han inclinado al Consejo de Estado á consultar los espresados arriba.

—De real orden se ha dispuesto que los desertores sentenciados á servir en Ultramar, que resulten inútiles para este servicio, sean destinados al Fijo de Ceuta, y allí estingan el tiempo de su primitivo empeño, mas el recargo por el tiempo en que hayan estado en deserción.

—Se ha mandado á los gobernadores civiles que faciliten á las autoridades militares los documentos que estas les reclamen para instruir los expedientes en comprobación de la inutilidad física de quintos entregados en caja como aptos para el servicio.

—Por real orden publicada en la *Gaceta* del día 26, se determinan las circunstancias de los aspirantes y disposiciones á que ha de arreglarse la comision de Estadística para la creacion de la escuela práctica. Los aspirantes habrán de ser españoles, haber cumplido diez y ocho años de edad y tener la necesaria robustez para dedicarse á los trabajos de campo. Las materias son escritura, dibujo topográfico, aritmética, álgebra hasta las ecuaciones de segundo grado inclusive, geometría, trigonometría rectilínea, y topografía con la teoría de las curvas de nivel. La comision de Estadística general del reino dividirá el examen en cuatro ejercicios, y publicará en la *Gaceta* con la debida anticipacion, el programa de las materias de que hayan de examinarse los pretendientes.

—La *Gaceta* da las gracias en nombre de S. M. á los directores del Banco de Barcelona por su patriótico ofrecimiento de cinco millones al interés que el gobierno fije, para atender á los gastos de la guerra, declarándose al mismo tiempo que se hará uso de este donativo cuando sea necesario, señalándose entonces el interés del préstamo.

—En el puerto de Tarragona se van á colocar ocho boyas ó cuerpos flotantes.

—Se ha autorizado al ayuntamiento de Madrid para que proceda á la adquisicion de las casas colindantes que son necesarias al ensanche y aumento del matadero publico de Madrid, el que se proyecta adiccionar con una nave nueva para el ganado de cerda.

—Después del ligero movimiento de descenso que hicieron los fondos al anuncio de la guerra, vuelven á ascender tanto en Madrid como en las bolsas extranjeras en que se cotiza nuestra deuda.

—Se han dictado por la Direccion general de telégrafos las reglas mas convenientes á que deben ajustarse en los asuntos del servicio, los directores de las secciones telegráficas en sus relaciones oficiales con los gobernadores civiles de las provincias del reino.

—El uso de los antiguos fósforos, dice un periódico, ha sido prohibido en las estaciones del ferro-carril del Mediterráneo, mandando que solo se usen los del fósforo amorfo, que no están espuestos á la inflamacion espontánea.

—Se ha mandado que los alumnos de las escuelas de comercio que hubieran probado los tres años de estudios que exigia el decreto de 8 de setiembre de 1850 para aspirar al título de *profesor mercantil*, y que era el vigente cuando empezaron su carrera, pueden desde luego presentarse á exámen de las asignaturas correspondientes, y recibir dicho título, mediante el pago de 600 rs. por derechos del mismo.

—Ha sido aprobada la recepcion definitiva de varios trozos de la carretera de Puente Rávida al Ferrol, y de la de Betanzos á Juvia.

—Parece que una numerosa reunion de propietarios se ha propuesto ofrecer al gobierno el terreno necesario para edificar el palacio de la Exposicion Hispano-americana en condiciones tan ventajosas, que llegan hasta ofrecer de balde el terreno que se encuentra situado en el mejor punto de la fuente Castellana. Si esto es así no nos parece dudosa la eleccion.

JUAN DEL CORREO.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DEL CIRCO.—SANTIAGO Y Á ELLOS,

improvisacion cómico-dramática del Sr. Eguilaz.

—TEATRO DEL PRÍNCIPE.—UNA ESCENA

CONYUGAL.—SANTO Y PEANA, pieza en un acto.

—TEATRO DE LOPE DE VEGA.—MI BRAZO

Y MI PARAGUAS, pieza en un acto.—Solemnidad

literaria en este teatro.

Como esperábamos en nuestro número anterior, después de la invasion de esa especie de literatura moruna, que se apoderó en estos últimos días de la escena española, los teatros han vuelto á su estado normal, una vez satisfechas las exigencias del momento. Las empresas han recogido una abundante cosecha de aplausos y de dinero; el público de anfiteatros y galerías ha aplaudido á rabiar, y todos en suma han quedado contentos. Un teatro, emperó, habia quedado rezagado en esta especie de *elan* patriótico, y aunque tarde, también se lanzó á la arena, si bien con menos fortuna que los otros coliseos. Nos referimos al teatro del Circo, donde se puso últimamente en escena la improvisacion lirico-dramática del Sr. Eguilaz, titulada *¡Santiago y á ellos!* Si hubiésemos de juzgar de su merito literario por el estrepitoso éxito que alcanzó la primer noche, diríamos que habia sido la mejor de todas las composiciones de esa clase que hasta ahora se habian puesto en escena; pero si la juzgamos imparcialmente como debemos, teniendo en cuenta al mismo tiempo el frio desden con que el público la recibió la segunda noche y subsiguientes, y la escasa concurrencia de espectadores que á ella ha asistido durante las pocas veces que se ha anunciado en los carteles, diremos que ha sido la peor, y que las otras obras de este género han tenido á lo menos en su abono el estar calcadas en hechos recientes, escitando el patriotismo de las masas, y sin las pretensiones de ese tinte histórico con que en *¡Santiago y á ellos!* se pretende describir un hecho, que por lo mismo que se remonta á una época remota, exige mucho mas detenimiento en el enlace, desarrollo y desenlace de la fábula, y que tenga al mismo tiempo verdaderas condiciones literarias. No basta en una obra de esa índole bautizarla con el nombre de improvisacion cómico-dramática; se necesita que lleve todas las condiciones que exige la buena literatura, tanto en la forma como en el fondo, y que en vez de vestirla de relumbron y de falso oropel, predomine en ella el buen gusto literario, y esto es precisamente lo que falta en la última obra del Sr. Eguilaz. Llena de inverosimilitudes y de absurdos, llevaba en sí propia el germen de su vida efimera, hallando en el público el justo castigo á que era acreedora. ¿Qué fué de aquel ardiente entusiasmo con que fué recibida la primera noche? ¿Qué se hizo de aquella atmósfera ficticia de alabanzas y de lisonjas en que los oficiosos amigos envolvieron al autor? Desvaneciése tan fugaz y rápidamente como habia sido creada, quedando solo al Sr. Eguilaz el doloroso desengaño de sus perdidas ilusiones. Respecto á la ejecucion, poco podemos decir: cuando una obra es mala real y verdaderamente, no bastan todos los esfuerzos de los actores á salvarla de la triste suerte que está destinada á sufrir; podrá salvarse la primera noche, entre atronadores aplausos;

pero á la segunda empieza á descubrir su toska urdimbre, y concluye por aparecer en esqueleto, y tal como es. Deseamos con todo nuestro corazón que el Sr. Eguilaz, que tantas pruebas tiene dadas de verdadero talento, se rehabilitará, como no dudamos, en su próxima obra *El Padre de los pobres*, que ha de estrenarse muy pronto en este mismo teatro.

En el del Principe se han estrenado últimamente dos piezas en un acto: la primera, titulada *Una escena conyugal*, es una traduccion del juguete francés *Monsieur va au cercle*, y la cual no hizo mas que pasar. La segunda, titulada *Santo y peana*, es original del Sr. Puente y Brañas, y obtuvo un éxito en extremo lisonjero para su autor. Esta piececita es de un corte muy agradable, y está muy bien versificada. Los caracteres se hallan perfectamente sostenidos, y su diálogo ligero y chispeante tiene al espectador en continua hilaridad. He aquí la descripcion que el autor hace de la mujer, á quien compara á un espediente:

D.^a CLARA. ¡Es la idea peregrina!

CARLOS. Yo comparo sériamente la mujer á un espediente, y este mundo á una oficina. Explicaré mi opinion á fuer de buen funcionario.

D.^a CLARA. (Va á hacer del vocabulario rentístico una edicion).

CARLOS. Por Adán y Eva instruidos llegan tales espedientes, y se registran corrientes en el libro de nacidos.

Pasan luego á una seccion; y un hombre viejo ó muchacho, se encarga de su despacho, segun la tramitacion.

El que está bien dirigido, sin vicio ni error notable, llega á un jefe responsable que viene á ser el marido.

Si después sale engorroso, ó de condicion traviesa, suele acercarse á la mesa un compañero oficioso.

Le ayuda en el espediente y trabajan por igual, el marido de oficial y el amante de escribiente.

Cuando ofrecen embarazo, porque los hay peliagudos, se les hace cuatro nudos y se les da carpetazo.

Y espediente que ninguno, aunque peque de belitre, quiere ver en su pupitre por inconexo é impuntual.

le pasa á lo que se llama «Negociado general.» — ¡No está la mujer tan mal como murmura la fama!

Ella sigue de esta suerte su larga tramitacion: la postrer resolucion viene á dictarla la muerte.

Su fallo es el decisivo decreto del ministerio; y entonces va al cementerio, que viene á ser el archivo.

Deseamos que el Sr. Puente y Brañas nos dé otras obras de mas importancia, en las que pueda desplegar la flexibilidad y talento que en *Santo y peana* ha dejado entrever. En la ejecucion de este juguete se distinguió el Sr. Infantes, que caracterizó perfectamente un inglés muy tieso y encoquetado como la mayor parte de los hijos de la nebulosa Albion.

En el teatro de Lope de Vega solo se ha estrenado una pieza insulsa y monótona con el título de *Mi brazo y mi paraguas*, conocida en francés con el nombre de *Le Parapluie d'Oscar*. El público la hizo justicia acogiéndola con el mas soberano desden, á pesar de los esfuerzos que hizo por salvarla el Sr. Albalat.—Estrañamos mucho que el digno director de este teatro D. Julian Romea autorice con su aprobacion esta clase de trabajos, que no dan honra ni provecho, ni al traductor, ni á la empresa.

En este teatro ha tenido lugar últimamente una gran solemnidad artística y literaria para celebrar el natalicio del inmortal Lope de Vega.

El Sr. Romea, con ese tacto delicado y esquisito que todos reconocen en él, dispuso celebrar una funcion en loor del *Fénix de los ingenios*, de un modo verdaderamente digno de este gran poeta. Apresurémonos á decir que el éxito superó á las esperanzas. Un público numeroso y escogido como pocas veces, llenaba desde muy temprano todas las localidades del teatro. Empezó la funcion con una especie de prólogo escrito con sumo gusto y sabor literario por el Sr. D. Ventura de la Vega, titulado *El Corral de la Cruz en 1632*, y en el cual aparece Lope de Vega momentos antes de empezarse su funcion, rodeado en el escenario de todos los actores que han de tomar parte en ella. Es un cuadro de costumbres de bastidores de aquellos tiempos, que produjo muy buen efecto, y fué muy aplaudida.—Representóse despues la comedia de Lope de Vega titulada *El Premio del bien hablar*, que fué desempeñada admirablemente por el Sr. Romea, siendo secundado de un modo laudable por los demás actores, que hicieron cuanto les fué posible por contribuir al buen conjunto y desempeño. Concluida la comedia se representó el epilogo, debido tambien á la delicada pluma del Sr. D. Ventura de la Vega, y titulado *D. Juan de Espina, ó el Horóscopo*. Esta composicion es una especie de loa que termina con un himno, y el cual fué cantado por los alumnos del Conservatorio con gran acierto y precision. Terminado el himno, leyó el Sr. Romea, de un modo indecible, las siguientes décimas, tambien del Sr. Vega, y que nos apresuramos á insertar, persuadidos de que con ello hacemos un obsequio á nuestros lectores:

Tres siglos, menos tres años,
hoy hace que al mundo vino
el ingenio peregrino,
pasma de propios y estraños.
Envuelta en humildes paños
oscuro y pobre yacia
la castellana Talia;
y él le tejó un manto de oro
con el fecundo tesoro
de su rica fantasia.

¡Con él nuestra fama empieza!
El con su ingenio sublime

al arte español imprime
el sello de su grandeza.
Absorta naturaleza
y rendida al propio instante,
otro aborto semejante
tarde á la tierra dará;
porque descansando está
de aquel esfuerzo gigante.

En la celeste mansion
donde tu espíritu vive,
Lope, esta ofrenda recibe
de entusiasta admiracion.
Y pues de su postracion
hora es ya que se levante
el leon de España arrogante,
¡quiera el Dios de las victorias
darnos para nuevas glorias,
nuevo Lope que las cante!

Una salva de aplausos acogió esta composicion, que fué doblemente celebrada, tanto por su belleza literaria, como por el modo admirable con que fué recitada por el Sr. Romea.—Terminó tan solemne funcion con el sainete de D. Ramon de la Cruz, *Las Castañeras picadas*, en el que tomaron parte los principales actores. El público salió en extremo complacido, y durante muchas noches ha continuado llenando con su asistencia el teatro, dando con esto una prueba de su buen gusto.

Espectáculos como este dan honra y provecho á las empresas que, como la de Lope de Vega, tienen el talento de saber organizarlos.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

La Légende des siècles, par M. Victor Hugo. 2 vol. in-8°; Michel Lévy.

Un vínculo patente y directo, que no tan solo un pensamiento intimo y general, enlaza entre sí los diversos poemas, cuyo conjunto publica M. Victor Hugo, bajo el significativo epigrafe de: *La Leyenda de los siglos*. Hablando con propiedad no es de seguro una obra lirica; antes la inspiracion del poeta se ha adherido por ahora á la mas poderosa de las realidades, á la realidad histórica. Se trata de una série de relaciones, una série de hechos colosales, que constituyen en la expresion del autor, «una especie de galeria de la fisonomia humana.» Abrese el primer tomo con la *Biblia* y prosigue con el Evangelio. Recorre la decadencia de Roma, se detiene en el islamismo, ilustra el cielo heróico cristiano, y destina dos grandes narraciones dramáticas á las expediciones de la caballería errante. El segundo volumen se inicia con la Italia en la aurora de sus tiempos modernos; describe la deslumbradora época del Renacimiento; señala todas las manifestaciones del espíritu de examen y libertad, describiendo sus persecuciones y luchas. El gran poeta destina en seguida enérgicas y pintorescas páginas á los aventureros de la mar, á los mercenarios suizos del siglo xviii, y alcanza, por último, á las épocas inmediatas á la nuestra. Nunca se vió título mejor justificado; pero tampoco elocuencia mas animada, ni mas inagotable inspiración hanse presen-

tado en las divinas palabras que descansan, segun dice Homero, en los labios de los poetas.

Les Quatorze Stations du Salon, par M. Zacharie Astruc. Un vol. in-12°; Poulet-Malassis et de Broise.

Ser leído: tal es el primero y mas ardiente anhelo de los noveles escritores; pero ¿y la forma de producirse? y la copa que ha de presentar la bebida? Ya no se piden poesias; las novelas entran en excesiva concurrencia; por tanto tiende la imaginacion á refugiarse en la crítica, á la cual presta el público mas complacientes oídos. El libro del Sr. Astruc (pues es todo un libro), sale en la oportunidad de la última exposicion: es una especie de publicacion general de las ideas del autor, concierne á muchos particulares; y además, encierra fragmentos de su estilo en casi todos los géneros: prosa, poesias, cuentos, diálogos, meditaciones. Lo que hay que alabar por de pronto en este caleidoscopo literario, que á las veces ofrece el inconveniente de ser algo cansado, es la habilidad con que ha sabido el autor entrelazar los varios fragmentos de su trabajo, si no ya recomendables por juicios fijamente exactos, á lo menos sí por una formal inteligencia en el arte y un amor vivo hácia la belleza. ¿Y se habrá de quejar el lector de haberse así extraviado en mil digresiones humorísticas? Es de creer que no: la menor ventaja de semejantes digresiones es la de descubrir al espíritu mil súbitos pensamientos, porque olvidando el libro se sueña. Puede decirse, á pesar de todo, que estaria mal mostrar tanta ingratitud para con el libro del Sr. Astruc.

Histoire des Doctrines philosophiques dans l'Italie contemporaine, par Mr. Marc Debrit. Un vol. in-12°; Ch. Meyrneis.

Nada de cuanto afecta á la Italia pudiera sernos hoy indiferente; pues la Italia encierra en el problema de su destino una parte del de otras naciones occidentales, siendo un hecho procedente de los orígenes de las razas la participacion directa, que han tomado algunas en su actual situacion. Pero sobre los intereses del momento descuellan las cuestiones de eterno interés, que afectan á la historia del pensamiento y entran en el problema aun no resuelto, de nuestro destino moral. Al lado de Alemania é Inglaterra, tambien ha tenido la Italia su movimiento filosófico, cuya influencia entra por mucho en sus contrariedades y errores. Con ideas generosas, la mayoría de sus pensadores no ha logrado positivamente combinacion práctica alguna, y si solo sumir á sus contemporáneos en los peligros de un entusiasmo fácil. Lo que hoy acontece á la Italia central, basta para poder juzgar á Gioberti, que evoca una Italia de la edad media cristiana, la subordinacion de todas las ciencias á la teológica, de todas las doctrinas á la revelacion, de todas las soberanias á la Iglesia. Mr. Marc Debrit ha sabido hacer una exposicion rápida y docta de las sucesivas transformaciones de los espíritus italianos, uniendo con acierto la literatura y la política.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—

...de las diversas partes que descomponen, según dice Hübner, en los labios de los poetas.

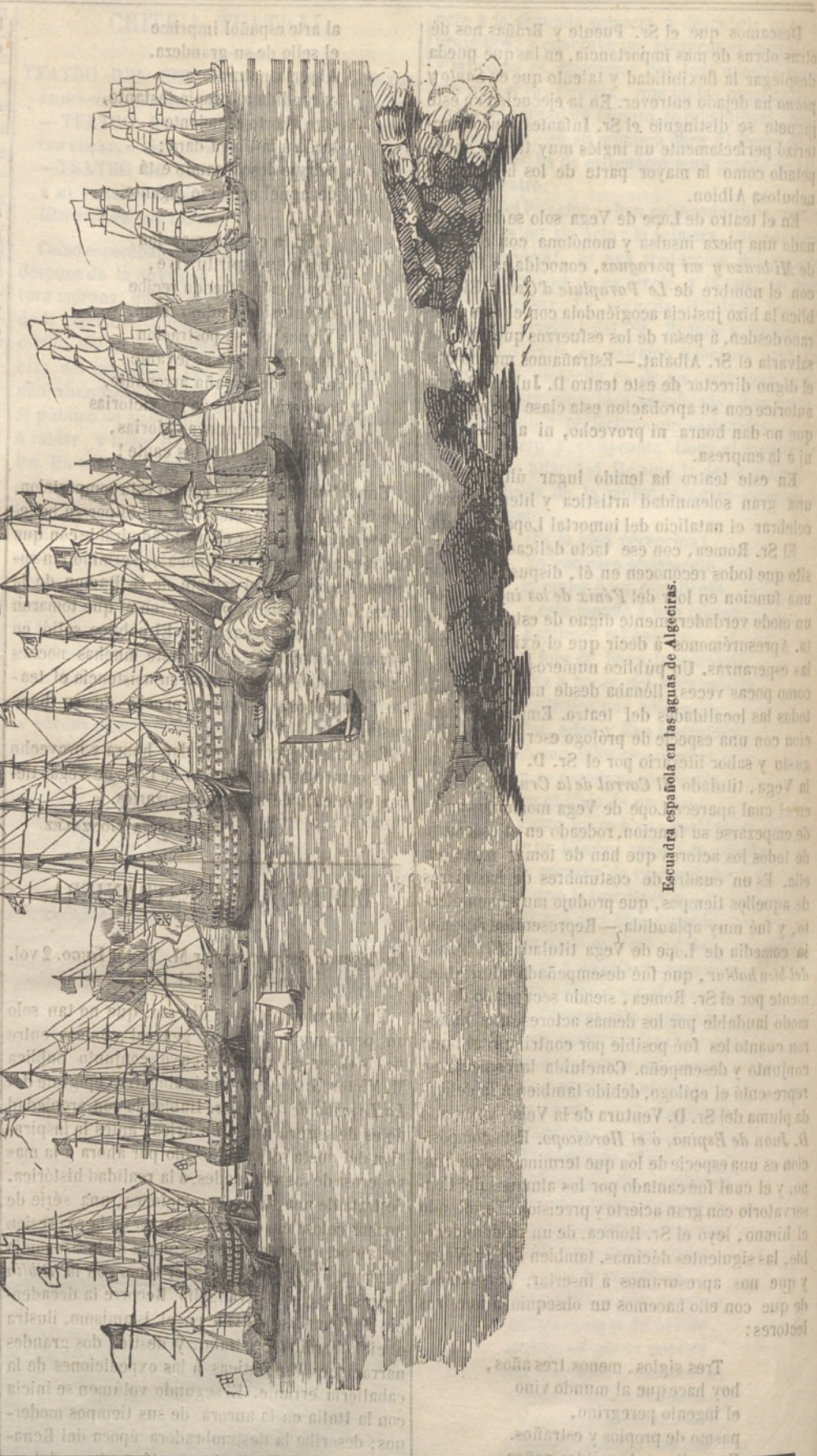
Las Guantes de la Señora de la Corte, por M. Fachinetti. Avaros. En vol. in-12; Poullet-Malassis et de Broise.

Ser leído: tal es el primero y más ardiente anhelo de los noveleros escritores; pero ¿y la forma de producirlos? ¿y la copia que ha de presentar en debida? ¿Y no se piden poetas; las novelas están en excesiva concurrencia; por tanto tienen de la imaginación a relajar en la crítica, a la cual presta el público más complacientes oídos.

El libro del Sr. Azara (que es todo un libro) sale en la oportunidad de la última exposición; es una especie de publicación general de las ideas del autor, concretamente a muchos particulares; y además, encierra tratamientos de su estilo en casi todos los géneros: prosa, poesía, cuentos, historias, meditaciones. Lo que hay que alabar por pronto en este catálogo literario, que a las veces ofrece el inconveniente de ser algo cansado, es la habilidad con que ha sabido el autor elevar los varios fragmentos de su trabajo, no ya recomendables por sus dotes, sino a lo menos si por sus fortunas intelectuales en el arte y un amor vivo a las bellas letras. Y es capaz de quedar el lector de las cosas así escritas en una deliciosa armonía. Es de creer que no; la menor ventaja de los mejores escritores es la de descubrir al punto un libro interesante, porque el lector, al leer el libro, puede decirse a pesar de todo, que está leyendo una obra tan interesante como el libro de...

...des de los escritores filósofos que dan el título contemporáneo, por M. M. Demar. En vol. in-12; Ch. Meynier.

Nada de cuanto afecta a la Italia pudiera ser hoy indiferente; pues la Italia encierra en el problema de su destino una parte del destino de las naciones occidentales, siendo un hecho preponderante de los orígenes de las razas la participación directa, que han tomado algunas en su actual situación. Pero sobre los intereses del momento desdichan las cuestiones de eterno interés, que afectan a la historia del pensamiento y entran en el problema aun no resuelto, de nuestro destino moral. Al lado de Alemania e Inglaterra, también leido la Italia su movimiento filosófico, cuya influencia cota por mucho en sus contrariedades y errores. Con ideas generosas, la mayoría de sus pensadores no ha logrado positivamente combatir prácticas ajenas, y si solo acudir a sus contradicciones en los peñales de un entusiasmo facti. Lo que hoy acontece a Italia central, basta para poder juzgar a Giberti, que eroga una Italia de la edad media cristiana, la subdivisión...



Escuadra española en las aguas de Argel.

SEMANARIO. Ocho días en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 785.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 789.—Historia ilustrada de la Guerra de Africa, pág. 794.—De la Guerra en Africa, por el general Yusuf, pág. 793.—Sección religiosa, pág. 794.—Sección científica, pág. 795.—Crónica extranjera, pág. 797.—Crónica española, pág. 797.—Crítica teatral, pág. 798.—Bibliografía extranjera, pág. 799.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión a las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente a la repartición del número, y en Provincias a los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.